

# Linden Lane Magazine

Vol. 34 No.4

WINTER / INVIERNO, 2015

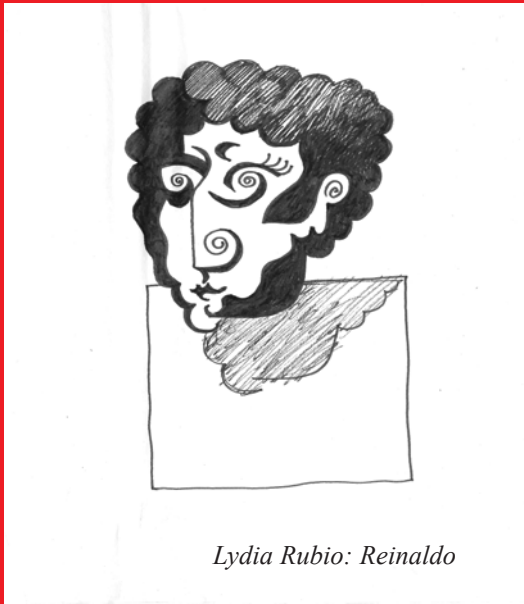
## Recordando a Reinaldo Arenas



*Arenas en la arena. Foto Copyright © Lydia Rubio*

# Linden Lane Magazine

[lindenlanemag@aol.com](mailto:lindenlanemag@aol.com)  
<http://www.lacasaazul.org>  
[www.lacasaazulcubana.blogspot.com](http://www.lacasaazulcubana.blogspot.com)



Lydia Rubio: Reinaldo

**Founded in March 1982 by  
Heberto Padilla & Belkis Cuza Malé  
Publisher and Editor: Belkis Cuza Malé  
Assistant Editor: René Dayre Abella  
Copyright © 2015 LINDEN LANE MAGAZINE**

**Una subscripción a  
LINDEN LANE MAGAZINE  
en los Estados Unidos:  
\$70.00 para individuos,  
y \$90.00 para instituciones.**

**ISSN 0736 - 1084  
It is a publication by  
Linden Lane Magazine & Press  
P.O. BOX 101582  
FORT WORTH, TEXAS  
76185-1582**

## Queridos amigos:

Éste es un número especial. Un merecido homenaje a uno de los escritores cubanos más importantes de las últimas décadas, Reinaldo Arenas, fallecido en New York el 7 de diciembre de 1990. Y para recordarlo como merece, el escritor y amigo René Cifuentes, me sugirió este proyecto que ha contado con la participación de sus más entrañables amigos, aquellos que convivieron con él en la Cuba gobernada por la dictadura castrista, y en el exilio que todavía dura, a pesar de los acercamientos políticos y diplomáticos que la Isla sostiene ahora con los Estados Unidos, y que de seguro Reinaldo hubiera rechazado, pues no se cansaba de denunciar los horrores del régimen.

René Cifuentes fue al igual que Reinaldo García Ramos y Juan Abreu, parte importantísima en la creación, junto a Reinaldo Arenas, de la revista MARIEL. Y gracias a su orientación, este número será sin duda un homenaje especial, digno de conservarse en nuestras bibliotecas, y un legado para los futuros lectores interesados en la literatura cubana.

He querido que sea éste un testimonio vivo de la figura y la personalidad de ese ser que no sólo leía incesantemente, sino que escribía con esa obsesión que culminó en la obra toda que nos dejó. Morir a los 43 años no le impidió crear una de las más sólidas y novedosas de la literatura cubana. Por lo mismo, todo lo que leerán aquí está escrito con el corazón de sus amigos más íntimos, y de otros que de algún modo estuvieron también presentes en su corta vida. Amigos no le faltaron, ni tampoco los enemigos, pero estos últimos estarán siempre presente en la vida de los que como él suelen atraerlos con esa voluntad de “espíritu burlón”, que había en él. Por eso, quizás, no me ha sido fácil este número, pues confieso que sentía su presencia en la atmósfera, haciendo travesuras.

Es como verán, un homenaje sin los textos académicos que suelen acompañar a estos proyectos. Pero sé que él, que “odiaba” lo académico, estará complacido con la decisión tomada de invitar sólo a los que lo conocieron de primera mano, y estuvieron cerca. Aquí están los colaboradores:

*Juan Abreu, Reinaldo García Ramos, René Cifuentes, Nicolás Abreu Felipe, José Abreu, Luis de la Paz, Miguel Correa, Orlando Jiménez Leal, Manuel Díaz Martínez, Nancy Pérez-Crespo, Daniel Fernández, Oscar Rodríguez Orgallez, Héctor Santiago, Julián Portal, Suzanne Jill Levine, y Belkis Cuza Malé. Y los artistas que ilustran el número: Lázaro Gómez Carriles, Lydia Rubio, Clara Morera, Armando Gómez y Gilberto Ruiz Val.*

Gracias también a los patrocinadores de este número. Muchas bendiciones a todos,

Belkis Cuza Malé  
Directora

# Reinaldo

## Poemas

# Arenas

### Tú y yo estamos condenados

Tú y yo estamos condenados  
por la ira de un señor que no da el rostro  
para danzar sobre un paraje calcinado  
o a escondernos en el culo de algún monstruo.

Tú y yo siempre prisioneros  
de aquella maldición desconocida.

Sin vivir, luchando por la vida.

Sin cabeza, poniéndonos sombrero.

Vagabundos sin tiempo y sin espacio,  
una noche incesante nos envuelve,  
nos enreda los pies, nos entorpece.

Caminamos soñando un gran palacio  
y el sol su imagen rota nos devuelve  
transformada en prisión que nos guarece.

Lydia Rubio: *Celestino*

### Sonetos desde el Infierno

Todo lo que pudo ser, aunque haya sido,  
jamás ha sido como fue soñado.

El dios de la miseria se ha encargado  
de darle a la realidad otro sentido.

Otro sentido, nunca presentido,  
cubre hasta el deseo realizado;

de modo que el placer aun disfrutado  
jamás podrá igualar al inventado.

Cuando tu sueño se haya realizado  
(difícil, muy difícil cometido)

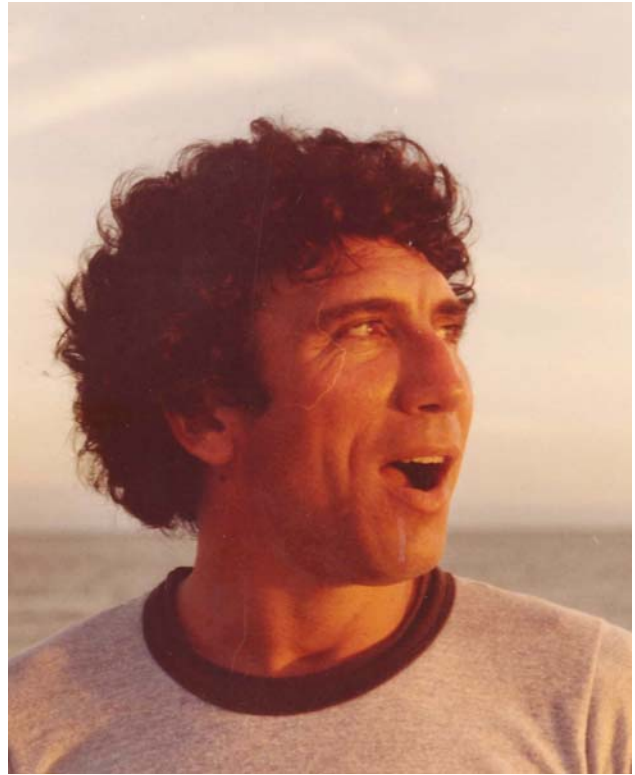
no habrá la sensación de haber triunfado,  
más bien queda en el cerebro fatigado  
la oscura intuición de haber vivido  
bajo perenne estafa sometido.

(La Habana, 1972)



## Autoepitafio de Reinaldo Arenas

Mal poeta enamorado de la luna,  
no tuvo más fortuna que el espanto;  
y fue suficiente pues como no era un santo  
sabía que la vida es riesgo o abstinencia,  
que toda gran ambición es gran demencia  
y que el más sordido horror tiene su encanto.  
Vivió para vivir que es ver la muerte  
como algo cotidiano a la que apostamos  
un cuerpo espléndido o toda nuestra suerte.  
Supo que lo mejor es aquello que dejamos  
-precisamente porque nos marchamos-.  
Todo lo cotidiano resulta aborrecible,  
sólo hay un lugar para vivir, el imposible.  
Conoció la prisión, el ostracismo,  
el exilio, las múltiples ofensas  
típicas de la vileza humana;  
pero siempre lo escoltó cierto estoicismo  
que le ayudó a caminar por cuerdas tensas  
o a disfrutar del esplendor de la mañana.  
Y cuando ya se bamboleaba surgía una ventana  
por la cual se lanzaba al infinito.  
No quiso ceremonia, discurso, duelo o grito,  
ni un túmulo de arena donde reposase el  
esqueleto  
(ni después de muerto quiso vivir quieto).  
Ordenó que sus cenizas fueran lanzadas al mar  
donde habrán de fluir constantemente.  
No ha perdido la costumbre de soñar:  
espera que en sus aguas se zambulla algún  
adolescente.



Reinaldo Arenas. Foto © Lydia Rubio, Key West, 1980

### ***Antes que anochezca (fragmento)***

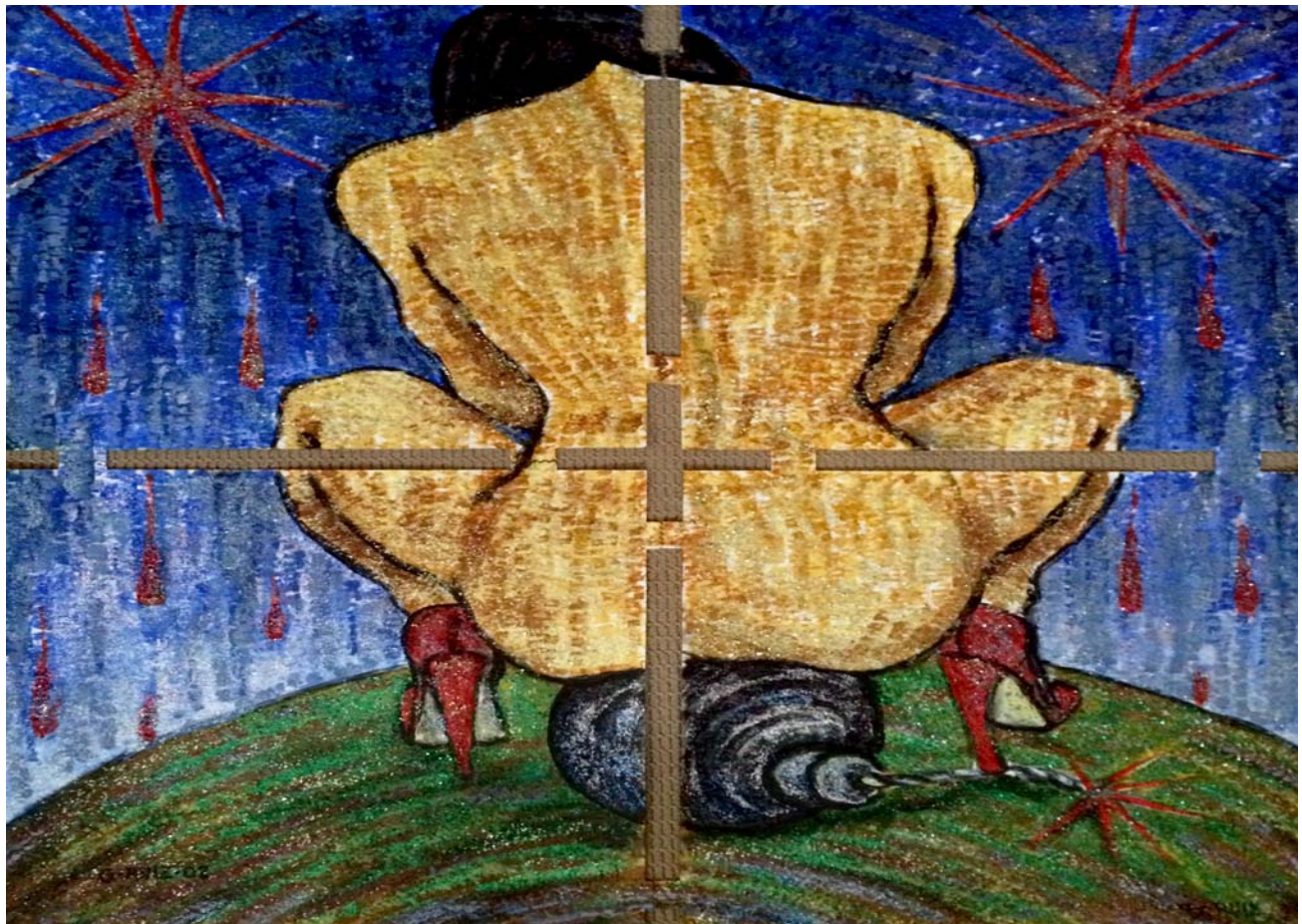
“ Oh Luna! Siempre estuviste a mi lado,  
alumbrándome en los momentos más terribles; desde  
mi infancia fuiste el misterio que velaste por mi  
terror, fuiste el consuelo en las noches más  
desesperadas, fuiste mi propia madre, bañándome en  
un calor que ella tal vez nunca supo brindarme; en  
medio del bosque, en los lugares más tenebrosos, en  
el mar; allí estabas tu acompañándome; eras mi  
consuelo, siempre fuiste la que me orientaste en los  
momentos más difíciles. Mi gran diosa, mi verdadera  
diosa, que me has protegido de tantas calamidades;  
hacia ti en medio del mar; hacia ti junto a la costa;  
hacia ti entre las costas de mi isla desolada. Elevaba  
la mirada y te miraba; siempre la misma; en tu rostro  
veía una expresión de dolor, de amargura, de  
compasión hacia mí; tu hijo. Y ahora, súbitamente,  
luna, estallas en pedazos delante de mi cama. Ya  
estoy solo. Es de noche”.

# Reinaldo Arenas (1943-1990).

Reinaldo Arenas nació en 1943 en Holguín (Cuba) en el seno de una familia campesina. Se unió a la Revolución antes de que ésta triunfara; luego de colaborar durante un tiempo, se traslada a La Habana donde frecuentó a maestros como Lezama Lima y Virgilio Piñera. En 1967 escribe su primera novela, *Celestino antes del alba*, en la que se advierte su riqueza narrativa y la originalidad de su escritura a través de la evocación del mundo de la infancia, para lo cual se vale además de registros absurdos y fantásticos. Dos años después aparece *El mundo alucinante*, más tarde celebradísima por la crítica y el público, y que se inscribirá dentro del llamado “boom de la literatura latinoamericana” por su carácter innovador y la ruptura establecida respecto a los autores “clásicos” de la literatura cubana, como Alejo Carpentier.

Retomando al aventurero y cándido fray Servando Teresa de Mier, afamado personaje histórico que en la ficción novelística ocupa un lugar protagonista, Reinaldo Arenas narra una novela de aventuras que estará atravesada, al mismo tiempo, por registros discursivos fragmentados, escisiones del orden temporal y espacial, con la inclusión de imágenes hiperbólicas que además de adscribirse a una búsqueda humorística revelan una fuerte carga irónica. En 1980 aparece *El palacio de las blanquísimas mofetas*, y ese mismo año, en el llamado éxodo del Mariel, abandona Cuba, donde era perseguido por su condición homosexual. En Estados Unidos da clases en la Universidad de la Florida. Un año después, aparece el libro de cuentos *Antes del desfile*, donde ofrece una visión pesimista de la Revolución Cubana, y la que se agudiza a su vez en su autobiografía póstuma, *Antes que anochezca* (1991). Estando enfermo de SIDA, Reinaldo Arenas se suicidó en Nueva York el 7 de diciembre de 1990. *(Reseña biográfica tomada de Internet)*

Gilberto Ruiz Val. “Eva” (2014)



Estamos de pie en la arena y se nos ve sanos y hermosos bajo el sol. Es Miami Beach y los años ochenta. Hemos escapado de la isla en la que nacimos y veneramos al dios de la fuga y al dios de las palabras sobre todas las cosas. En el cielo hay una pequeña nube y la gente se agrupa cerca del mar como si buscara protección o consuelo. Yo me miro ahora en la foto, joven y terso y me asombro un poco de haber sido así. Mi amigo hace muchos años que está muerto, pero gracias a la fotografía sigue aún en esa playa, bruñido como un pez y musculoso y así seguirá mientras alguien la contemple. Al fondo, el ajeteo de los bañistas se ha detenido en una especie de sopor, en una molición que tiene que ver con el calor y con el mar y con el lado líquido de lo que somos. El mar, que se apoya en nuestros hombros como una tajada luminosa. Hay sombrillas, y unos edificios lejanos, y gente tumbada. Todo es luz, podría decirse. La imagen debe haberse tomado en una de las visitas de Reinaldo a Miami, escapando del frío New York, y no lo recuerdo pero es casi seguro que después de la playa, o tal vez allí mismo sobre la arena caliente, leyéramos un cuento recién escrito, un poema, o algún fragmento de una novela a medio levantar. Nuestras lecturas comenzaron en La Habana, a la tenebrosa sombra de la dictadura, y continuaron infaliblemente en Miami o donde quiera que nos encontráramos. Nos veíamos para leer y nos leíamos para vernos. Era una amistad de libros y de palabras y lecturas, unas vidas leídas y contadas; para nosotros era lo único que tenía sentido. Y es lo único que aún lo tiene para mí. Ese vivir para ser en las palabras, es algo que debo en gran medida a mi amistad con el hombre musculoso de la foto. También le debo mi manera burlona de vivir la vida, mi amor por la libertad, mi desprecio por el fidelismo y los fidelistas, mi convencimiento de que sólo vale la pena aquella literatura que se hace sin miedo. Hace poco que somos libres, y creo que por eso nos vemos tan bien ahí de pie, en la playa. En la isla, durante muchos años, tuvimos que esconder nuestra obra de la policía, y ahora escribimos con gran ferocidad, con una ansiedad airada. Pero nada de eso puede verse en la fotografía. El tiempo nos lleva y todo desemboca en la muerte y en la nada, ya lo sé, pero hoy quiero creer que aún estamos en esa playa y que somos jóvenes y hermosos y que seguiremos siéndolo aún después.

*Barcelona, noviembre de 2015.*

**Juan Abreu.** Escritor y pintor cubano residente en Barcelona. Escapó de la isla en 1980. Entre sus obras publicadas en España destacan las novelas *Garbageland* (Mondadori); *Gimnasio* (Poliedro); *Orlán Veinticinco* (Mondadori); *Accidente* (Debolsillo), *Cinco cervezas* (Poliedro) y *Diosa* (Tusquets). Su obra ha sido traducida al alemán, francés, italiano y catalán.



*Reinaldo Arenas y Juan Abreu. Foto © Juan Abreu*

## Ilustran este número

*Lydia Rubio.* Pintora, fotógrafa e ilustradora cubana, que ha residido en los últimos años en Bogotá, Colombia, y regresa ahora a Estados Unidos, donde ha expuesto en varias ocasiones.

*Clara Morera.* Pintora cubana residente en Estados Unidos desde los ochenta, con una obra de reconocida calidad y estilo.

*Lázaro Gómez Carriles.* (La Habana, 1958). Fotógrafo y autor de un libro de testimonio, *Desertores del paraíso*. Vive en el estado de New York

*Gilberto Ruiz Vals.* Pintor cubano que ha realizado con éxito varias exposiciones personales. Vive en New York

*Armando Gómez,* pintor nacido en Holguín (Cuba), amigo de juventud de Reinaldo Arenas. Vive en México.

# Belkis Cuza Malé

## Reinaldo y yo\*

No recuerdo cuándo ni cómo lo vi por primera vez; estuvo siempre ahí, junto a ese buró próximo, o a la hora del café, en las tardes: el pelo ensortijado, la sonrisa burlona y dulce a un tiempo, con aquel sarcasmo tan suyo, donde sus víctimas propicias podrían muy bien ser aquel Desiderio, personajillo repetidor de manuales de filosofía del Kremlin, o el poeta Luis Marré, nuestro jefe, luego su acusador, según me dijo después.

Eran los tiempos de La Gaceta de Cuba, y nos sentíamos jóvenes; creíamos en la vida, en la literatura, en muchas cosas en común, y nos unía sobre todo el que trabajásemos bajo el techo unificador de aquella redacción.

Es decir, nos unía todo y nada. Cada uno vivía como podía —sobrevivía— en medio de la sordidez reinante. Eran los tiempos en que Reinaldo Arenas almorzaba en la cafetería El Hurón Azul de la UNEAC. Todavía recuerdo los platos de metal, grasientos, las chancletas de palo de Cecilia —la administradora del sitio—, las coladas de café, la llegada de los dulces sobre las tres de la tarde, el entra y sale de los jugadores de ajedrez (la Chapuza, como le decían). Y todo, en medio de la

antigua mansión de Gelats. ¿Cómo podíamos trabajar en paz, me pregunto ahora, con el recuerdo del cuerpo de aquel banquero balanceándose, colgando allí, en la habitación que poco tiempo después sería el despacho de Nicolás Guillén? ¿No era un mal presagio para la literatura cubana que fuera aquella la mansión de los Escritores y Artistas?

Durante diez años compartimos silencios, miradas, risas, órdenes, asambleas de productos eléctricos, trabajos voluntarios, correcciones de pruebas de galeras, reuniones de la redacción, chismes, sarcasmos, en fin, el ambiente de una publicación cultural en un país comunista, que vivía a saltos, que salía cuando podía —y éramos ocho—, donde

todo estaba controlado, pautado y apuntalado por los dioses del Olimpo no celestial, pero sí terrenal e inquisidor.

Un día de pronto todo cambió. Reinaldo Arenas, aquel joven escritor lleno de ardor por la literatura y el sexo, por los libros que leía a toda hora —no importaba si sentado o de pie—, con las manos goteando un para mí inexplicable sudor (que se secó para siempre cuando dejó la isla), había caído en desgracia, o peor, era buscado como un criminal bajo extrañas acusaciones. Fue así que se hizo el silencio, y llegaron los murmullos, las miradas que se cruzaban ariscas en los pasillos, y un nombre más que se borraba sin mayores explicaciones. Temerosa de que pudieran acusarlo de algo más, me llevé a casa todo lo que encontré en las gavetas de su buró. Hasta un trapo que utilizaba como pañuelo para secarse el incesante sudor de sus manos.

A la salida de la cárcel, flaco y demacrado, nos reunimos en casa a comer. Perteneíamos ya a la misma camada de apestados, de abandonados a su suerte, de exiliados interiores, vigilados, presionados, expulsados de todos los sitios del paraíso, de todos los premios, de todos los gremios. Poco después me marché y al año, él.

En Washington nos vimos, y luego en Nueva York, y luego en la casa de Princeton. Ya era otro, venía a

visitarnos y también a comprarme aquel shampoo de Shaklee que yo vendía entonces y que tanto le gustaba; venía a compartir conmigo una labor parecida —pero nunca igual— a aquella de la redacción de La Gaceta de Cuba. Ahora yo había fundado Linden Lane Magazine, y él, a instancias mías, había accedido a ejercer un trabajo voluntario distinto, el de asistente de redacción. Conectaría la revista a los escritores desperdigados por el mundo neoyorquino o miamense.

Estuvimos en perfecta armonía hasta que surgió la discordia —como aquella manzana del Paraíso verdadero, sólo que el demonio se vestía ahora de Fidel Castro. En fin, hubo un gran escándalo que prefiero no recordar, insultos





por ambas partes en público y en la prensa y rencores acumulados, que más bien parecían rencillas de niños peleando por un estúpido juguete. ¿Quizás su voluntarioso modo de expresar control, su misoginia? No quiero recordarlo.

Unos meses antes de morir, y cuando todavía su enfermedad era sólo otro rumor más, le pedí a Perla Rozencvaig que le hiciese una entrevista a Reinaldo para el número especial de literatura cubana que preparaba en Linden Lane Magazine. Sabía que por encima de cualquier consideración personal, Reinaldo Arenas merecía estar incluido en ese número. ¿Aceptaría, después de todos esos años de ruptura? Pasaron los días y las semanas, hasta que una tarde Perla me avisó que Reinaldo había accedido a darle un capítulo inédito de su novela. Estaba ya muy enfermo. Y para mí, ésta fue la prueba de que nos habíamos perdonado mutuamente.

Por irónico que parezca, la noche de su muerte un amigo (René Cifuentes) me llamó por teléfono para pedirme que avisara a El Nuevo

Herald, y así lo hice. ¿Otra de las trastadas de Reinaldo? Quizás sí, porque le encantaban las bromas.

Anoche, al verlo vivo en la película “Before Night Falls”, de Julian Schnabel, lloré por él, y estoy feliz, muy feliz, también por él. Su mayor enemigo, el tirano, hoy se muerde de rabia la cola, hoy sufre con el más humillante de los sufrimientos, porque al fin el arte y la literatura lo abofetean en pleno rostro, le devuelven el golpe. Y esta vez es para siempre, un golpe mortal, porque Javier Bardem-Reinaldo y Julian Schnabel le han dado el tiro de gracia a la censura de la llamada “izquierda”.

A pesar de algunas ingenuidades del guión, “Before Night Falls” parece recordarnos que la única revolución posible es la capacidad de sueño de cada uno de nosotros. Por primera vez arte y revolución son una misma cosa, una misma denuncia, un mismo amor. El Reinaldo de *Antes que anochezca* puede que sea un mito, una versión del original, pero les aseguro que este Reinaldo tiene más fuerza que cien Reinaldos vivos.

\* Publicado originalmente en *El Nuevo Herald*, en 2001, y editado para LLM.

#### Fotos:

1.- Miguel Correa, Miriam Gómez, Reinaldo García Ramos, Roberto Valero, Belkis Cuza Malé, y en primera fila, Reinaldo Arenas y Ernesto Padilla Cuza. Washington, DC., 1982.

2.- Pedro Yanes, Heberto Padilla y Reinaldo Arenas, en la librería Las Américas, finales de los 80.

**Belkis Cuza Malé** (Guantánamo, 1942). Poeta, periodista, editora y pintora, fundó Linden Lane Magazine en 1982, en compañía de su esposo Heberto Padilla (1932-2000), en Princeton, NJ. En 1996, al mudarse a Fort Worth, Tx, donde reside, fundó La Casa Azul, Centro Cultural Cubano. Ha publicado varios libros de poemas, y otros en prosa, como *El clavel y la rosa*, una biografía de Juana Borrero, publicada en 1984 en España. *La otra mejilla* (ZV, Lunáticas, París, 2007), *Los poemas de la mujer de Lot* (LLP, 2010); *¡Lagarto, lagarto!* (LLP, novela, 2013) y *Ermita. Jazmín y melaza* (LLP, testimonio, 2013), son sus libros más recientes.



# Reinaldo García Ramos

## ¿Conocí a Reinaldo Arenas? [1]

¿Conocí realmente a Reinaldo Arenas? Sospecho que no. Compartí con él momentos inolvidables, sobre todo a principios de los años 80; disfruté muchas veces de su

Foto # 1



sentido del humor y su poderosa fantasía, pero no puedo afirmar de manera inequívoca que conocí a fondo todas las facetas de su carácter y su personalidad. Creo que nadie podría hacerlo con absoluta convicción; él escapaba a cualquier marco en que uno intentara encerrarlo. Desorientar a los demás con una especie de juego de transformaciones no sólo lo divertía y lo mantenía alerta, sino que además estimulaba su capacidad de ficción, era como un entrenamiento incesante para enriquecer aún más su mundo imaginario, del cual saldrían luego sus creaciones literarias. Su expresión oral era un ensayo y un tanteo de público para su expresión escrita. Ese aspecto proteico fue uno de los principales factores que lo convirtieron en un individuo que nunca aburría, que siempre caía bien.

No cesaba de jugar con las distintas versiones de sí mismo que él inventaba o que los demás le atribuían, y que él mismo echaba abajo de inmediato con una actitud sorpresiva, una frase absurda o una opinión arbitraria que rompían la aparente coherencia de esos esquemas. Había en él esa intensa necesidad de burla y diversión. Cuando uno se lo encontraba, la carcajada estaba garantizada; tarde o temprano él conseguía provocarla con algún comentario irónico o satírico, la descripción caricaturesca de alguien o mediante otros recursos que nadie podía prever, por muy bien que lo conociera. Disfrutaba a menudo deformando el tono de los eslógans y de las frases hechas, y sentía un gran placer al pronunciar los nombres propios con una entonación especial; por ejemplo, cuando mencionaba a cierto escritor de apellido Pita, siempre decía: “Píííííta”, como si imitara un silbato.

Su conversación era siempre una fuente de pirotecnia verbal; en sus frases se mezclaban datos demostrados y versiones fantasiosas de esos datos, hechos de la historia del mundo y peripecias cotidianas, observaciones penetrantes y juegos de palabras, detalles costumbristas y citas librescas, todo en desorden festivo, como en un desfile de carnaval, una incesante jarana. Curiosamente, ese tono de jarana perenne no estaba desprovisto de cierta nostalgia, se impregnaba a menudo de una leve y misteriosa melancolía, como si la risa buscara un refugio, un sitio a salvo de escepticismos; de ahí que, en su conocido ensayo sobre Arenas, Roberto Valero hablara de un humor “desamparado” (*El desamparado humor de Reinaldo Arenas*, Premio Letras de Oro de Ensayo, Universidad de Miami, 1988-1989).

Cualquier individuo que entrara en contacto con él corría el riesgo de convertirse de pronto en un personaje de alguna de sus ficciones. Su fertilidad literaria era el resultado, precisamente, de una vigorosa capacidad para recrear percepciones, ideas, sensaciones y opiniones, partiendo de la realidad objetiva pero buscando otra “realidad” independiente y arbitraria, más sorpresiva o sencillamente más jocosa.

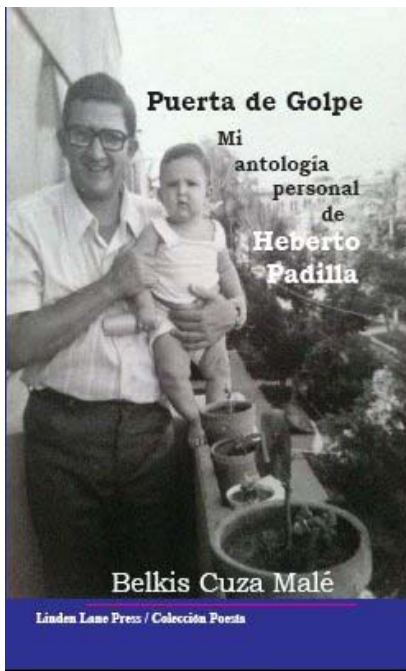
\* \* \*

Tengo ciertos recuerdos en los que él participó que podrían servir para evocarlo con más precisión que muchos párrafos teóricos.

Por ejemplo, en varias ocasiones me ocurrió con él algo muy simpático: yo le contaba un hecho que me había sucedido, un encuentro fortuito, un escándalo en el

Foto # 2





## Belkis Cuza Malé

# Puerta de Golpe.

Mi antología personal de Heberto Padilla

“He leído este pequeño libro de un tirón. Ahora me pesa, porque ya se evapora el soplo de vida en sus breves páginas. Belkis Cuza Malé ha escogido magistralmente un grupo de poemas que representan el talento artístico tan propio de la obra de Padilla, el poeta. Eviten los expertos en poesía buscar en este libro un movimiento cultural, una escuela artística o siquiera una sólida fluidez temática. Ese no ha sido el propósito de este maravilloso libro. Deléitese el lector con este abrazo poético de uno de los grandes de siempre, el inmortal Heberto Padilla, nuestro”.

*Dr. David Walter Aguado*

A la venta en Amazon  
**Linden Lane Press**

vecinadario, un incidente cualquiera que me parecía llamativo, y él me escuchaba con su habitual atención (una de sus virtudes consistía en que sabía escuchar a los demás). Días después, a veces semanas después, venía y me hacía un cuento tremendo, basado en el mismo hecho, pero ahora me decía que le había ocurrido a él, y me lo narraba con nuevos detalles y personajes, connotaciones de distinto tipo, sobre todo de índole sexual, que la historia original nunca había tenido, y yo naturalmente me reía a carcajadas con su relato. La simple anécdota que yo le había confiado se había convertido en parte de su literatura, ¡y lo mejor es que él no se acordaba de que había sido yo quien le había dado pie a esa aventura imaginaria! Así era su inmersión absoluta en el mundo de la ficción.

Me viene a la mente otro recuerdo. A principios de los años 80, todos los que habíamos llegado por Mariel estábamos todavía en el proceso de adaptarnos al nuevo país, tratando de establecer una vivienda y amueblarla. Arenas y yo vivíamos en Nueva York. Yo ocupaba un pequeño apartamento del West Side de Manhattan y estaba empleado en una agencia de traducciones en la Quinta Avenida, donde me pagaban un sueldo precario por revisar textos en español. Eran los tiempos en que uno sobrevivía con lo esencial; mis entradas no me habían permitido comprar muchas cosas que deseaba, entre ellas un televisor. Un día le comenté eso a Ingrid B., una amiga alemana de la oficina, y ella me dijo que me podía regalar un televisor en blanco y

negro que ella no utilizaba ya, porque se había comprado uno a color. Me puse de lo más contento. Fui enseguida a su apartamento a buscar el aparato, que era bastante voluminoso, y lo instalé en mi casa sin pérdida de tiempo, sin que me molestara el hecho de que iba a ver las transmisiones en blanco y negro. Pero un año y pico después, mis entradas mejoraron levemente y me pude comprar un televisor a color, relativamente pequeño, pero más moderno que el que había sido de Ingrid (todavía no habían salido al mercado los receptores de pantalla plana). Por esos días, Arenas había comentado que no tenía televisor en su casa, así que yo decidí proseguir la cadena de donativos y le dije a Reinaldo que yo le podía regalar el televisor que me había dado Ingrid. Con esa gracia guajira que lo caracterizaba en el hablar y en los gestos, dio saltos y se deshizo en expresiones de gratitud. Me dijo que pasaría por casa a recoger el regalo y me rogó que no se lo diera a más nadie. Y pasó el tiempo... Cada vez que nos veíamos yo le decía: “Oye, Rey,

Foto # 3





Foto # 4

¿cuándo vas a venir a llevarte el televisor?” Él me daba mil disculpas y explicaciones, y siempre terminaba pidiéndome que no se lo diera a más nadie. Al cabo de varios meses, se apareció por fin en casa con René Cifuentes, nuestro amigo común, y cuando vio el televisor de Ingrid elogió mucho su aspecto, me dio de nuevo las gracias y dijo varias ocurrencias muy hilarantes. Al rato, los dos cargaron con el aparato y salieron de casa, con el plan de llegar a la estación de subway de la Octava Avenida (a unos 200 metros) y llevar el regalo hasta el apartamento de Rey, ubicado a unas diez cuadras hacia el sur. Me quedé muy satisfecho de haber podido ayudar en esa forma a alguien como él. Pero, pienso ahora, Arenas era ante todo un campesino humilde, en cuyos moldes de conducta no era correcto rechazar un regalo de nadie, aunque uno no lo fuera a usar. Al día siguiente llamé a René y le pregunté cómo les había ido; él me confesó enseguida la verdad: al salir a la calle se dieron cuenta de que el obsequio era demasiado pesado y cuando llegaron a la esquina de mi casa... ¡Arenas decidió dejarlo en un tacho de basura! Lo curioso es que, cierto tiempo después, a René le pasó algo similar: le regaló a Rey un traje de invierno usado, de mucha calidad, saco y pantalón de lana, y Arenas lo aceptó... ¡Y al día siguiente René se encontró el traje completo en un basurero cercano! Así era el autor de *Celestino antes del alba*. En otra ocasión, en La Habana de los años 70, Arenas y yo hablábamos de Aurelio

literatura y el modo en que él trabajaba las experiencias para transformarlas en ficción, le pregunté por qué a menudo convertía a sus más discretos y pudorosos conocidos en personajes grotescos, alejados de lo que cada cual quería proyectar en su conducta habitual. Me respondió que la realidad era demasiado chata y aburrida y que, por eso, un escritor como él tenía que adornarla y desordenarla, para hacerla más entretenida. Irrebatible argumento.

Cuando el 8 de diciembre de 1990 recibí una llamada de Roberto Valero desde Washington con la noticia del suicidio de Arenas, escribí en mi diario: “Se ha apagado una mente implacable, que nos daba a todos una poderosa energía. Un talento travieso y demoledor que surgió a la creación literaria cuando era muy joven y se convirtió enseguida en objeto de humillaciones incesantes. ¡Hasta le prohibieron publicar y lo encarcelaron! En su propio país, quienes debían enorgullecerse de sus facultades creadoras le impusieron la mecánica del rencor y la venganza. Pero él sobrevivió y logró expre-

Cortés, su dentista, que había sido uno de sus admiradores más fervientes pero se había distanciado al descubrir que Rey lo caracterizaba como “Santa Marica” (en un manuscrito que Cortés le había guardado y que ese señor había leído sin autorización del autor). Conversando sobre su concepto de la

sar como ningún otro escritor de mi generación los ideales, las frustraciones y las virtudes que nos definían a todos los refugiados de Mariel; expuso como nadie nuestro odio a las dictaduras, nuestro rechazo a la mentira como arma de manipulación política, nuestro incesante afán de libertad. Hizo gala de una imaginación insólita y un chispeante lenguaje que lo colocan entre los más originales y atractivos escritores latinoamericanos de la segunda mitad del siglo XX. En sus diez años de exilio, desde su llegada a Estados Unidos en 1980, se sintió dominado inevitablemente por las obsesiones políticas del momento, como nos ocurrió a todos los que llegamos en aquella oleada de refugiados. Pero él asumió esa experiencia de manera más obsesiva que nadie: como una guerra sin cuartel, como un desafío personal entre sus necesidades expresivas y el sistema totalitario que se había impuesto en Cuba. Son muy conocidos los ataques que a menudo difundía contra todo aquel que fuera, o pareciera ser, un enviado del enemigo. No pensó en mostrarse indiferente ante sus carceleros y censores, y así reducirlos a la impotencia. Un temperamento apasionado como el suyo no podía aguardar a que la propia historia, al final del transitorio conflicto, barriera con la inmundicia. Prefirió entregar generosamente una gran parte de su tiempo y su pasión a la admirable tentativa de aniquilar la pesadilla que

Foto # 5



opprime a los cubanos. Pero quienes intentaron silenciarlo y someterlo serán pronto olvidados, mientras el mundo que él creó en sus novelas, sus cuentos, en toda su obra, permanecerá para el futuro.”

[1] Fragmentos de un texto en preparaciòn

**Píe de fotos (© Reinaldo García Ramos)**

1— Arenas y yo, posando como si estuviéramos en un cepo para esclavos, en la azotea de casa de René Cifuentes, en Manhattan, a principios de los años 80 .

2.— Yo en Manhattan en 1984, parado frente al puesto de fritas “El Marielito”

3.--En el Parque Lenin, en agosto de 1974, en que estamos Arenas y yo, y Antonio Desquiron, que murió el año pasado en Santiago de Cuba.

4— Arenas y yo, en un paseo en barco alrededor de Manhattan, en 1982; al fondo, las dos torres gemelas del World Trade Center, destruidas en el ataque terrorista de septiembre de 2001

5— Arenas y yo, en un subway de Nueva York, en el verano de 1981

6— En la Librería Las Américas, de Pedro Yanes, en la Calle 14 en Manhattan, en abril de 1983, durante el acto de presentación del primer número de la revista Mariel. De



Foto # 6

derecha a izquierda: Roberto Valero, Arenas y yo.

**Reinaldo García Ramos.**(Cienfuegos, Cuba, 1944.) Radica en Estados Unidos desde 1980. Vivió largo tiempo en Nueva York, donde fue traductor de español en la Secretaría de las Naciones Unidas. Con Reinaldo Arenas y Juan Abreu integró el Consejo de Dirección de la revista Mariel (1983-1985). Actualmente reside en Miami Beach. Ha publicado los poemarios *El buen peligro* (Madrid, 1987), *Caverna fiel*

(Madrid, 1993), *En la llanura* (Coral Gables, 2001) y *El ánimo animal* (Coral Gables, 2008), entre otros. En 2006 su libro *Obra del fugitivo* recibió el Premio Internacional de Poesía Luys Santamarina-Ciudad de Cieza, otorgado en Murcia, España. En 2010 apareció su novela testimonial, *Cuerpos al borde de una isla*; mi salida de Cuba por Mariel. En 2012 la Editorial Silueta publicó una compilación de su obra poética, *Rondas y presagios*. Actualmente prepara un volumen de ensayos.



# MARIEL

**Fundada por Reinaldo Arenas, con un Consejo de Dirección integrado por Reinaldo García Ramos y Juan Abreu**

Los ocho números que se publicaron de la Revista de Arte y Literatura Mariel (1983-1985) se pueden consultar en:

<http://revista-mariel.com>

# Nicolás Abreu Felipe

## Mi amigo Reinaldo Arenas

Hay dos cosas para las que guardo siempre mis reservas de desconfianza: el ser humano y la historia. Por aquellos días no pensaba así pero ya era amigo de Rey. Yo trabajaba de *cojo* (así le llamaban a los operadores de cinematógrafos en Cuba), como suplente en los cines de La Habana. Mi tío me consiguió el trabajo cuando salí con baja de loco del Servicio Militar Obligatorio. Era una panza el trabajito y le estaba agradecidísimo. Podía leer mucho. Todo consistía en montar correctamente los rollos de películas en los proyectores y hacer los cambios de un equipo a otro cuando aparecían los ponches de aviso en la pantalla. Cada rollo duraba aproximadamente diez minutos. Yo pegaba con acetona dos o tres rollos y los pasaba a una bobina de metal para alargar mis lecturas. El proceso de *embo-binar*, como le llamaban los *cojos*, llevaba su tiempo, pero valía la pena. Así y todo rara vez lograba pasar una película sin interrupciones. Muchas veces, bajo el estruendo de los golpes de lunetas y los gritos de “*cojo suelta la botella*”, saltaba de mi silla cuando ya pataleaba el celuloide contra

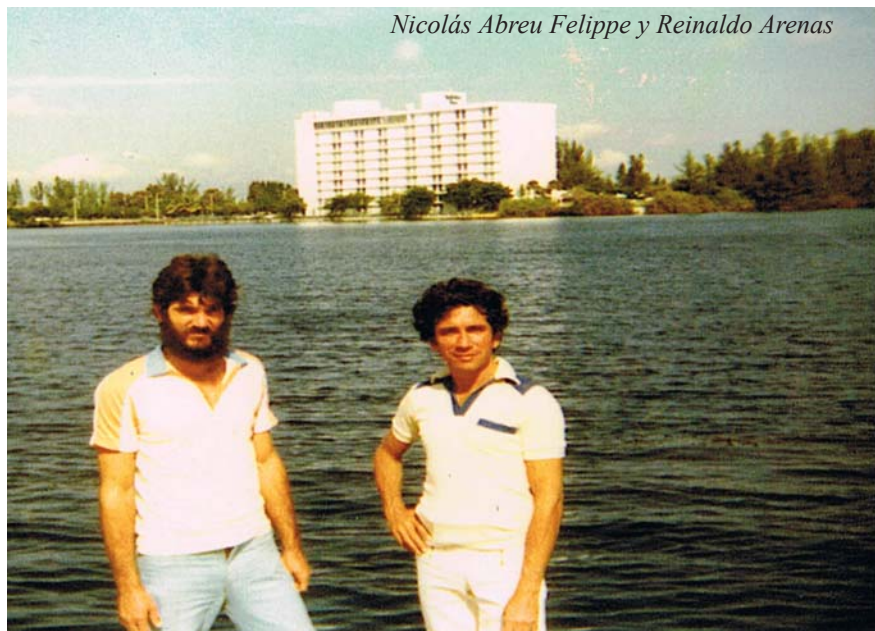
la lata protectora y echaba a funcionar el otro proyector. La sangre nunca llegaba al río, sólo que a veces venía el administrador a llamarme la atención, porque yo me encabronaba y sacaba la cabeza por el hueco de proyección a decirle cuatro cosas a un espectador que seguía chillando, aún después que volvía la imagen a la pantalla. Algunos de mis libros los escribí encerrado en esas casetas de los cines de La Habana mientras proyectaba una película soviética. No se asusten. Gracias a Dios desaparecieron todos menos *En blanco y trocadero* y algunos capítulos de *La perlana*. Por cierto esta última le encantaba a Rey. Por esos días terminé mi libro *Los tarecos* donde cada poema llevaba el nombre de una constelación, valga decir que no se salvó ninguna. Allí, entre semana, revisaba los capítulos de mi última novela para espantárselos a Rey cuando nos viéramos

en la próxima tertulia de matorral en el Parque Lenin. Aquellas reuniones empezaron para mí un día que mi hermano José, después de insistir mucho, me convenció para que le leyera mis cosas a Rey, que era un escritor de altura y rebelde para nosotros. En realidad yo escribía por competir con mis hermanos y no porque me interesara mucho la literatura. Un día específico que prometió pagarme una medianoche en el restaurante Los Galápagos, me decidí a ir. Como Rey venía de la playa el punto de encuentro era en el paradero de La Víbora frente al cine Gran Cinema, de donde salía la guagua para Calabazar. Ya estábamos allí los mismos de siempre, mis hermanos José y Juan, Luis de la Paz y yo. Estaba cansado de esperar y me senté en un muro,

ya habíamos dejado pasar como cuatro ruta 88. Cuando ya estaba a punto de regresar a casa, José señaló un flaco maltrecho de pelo ensortijado y nariz de boxeador y me dijo: ahí viene. Así conocí a Rey. Caminaba como desorientado, con la cabeza un poco empuñada. Antes de saludarme, cuando mi hermano me lo presentó, con

los dedos abiertos como peine se alboroto más el pelo, al rato me di cuenta que era una manía. Me miró de arriba a abajo y me dio la mano. Después que sonrió me dijo: tienes que leer tú primero, ya sé que escribes de maravilla. Hasta para halagar era hiperbólico.

Nos montamos en una 88 vacía y ocupamos el asiento de atrás para nosotros. Yo tendría 17 o 18 años y estaba un poco nervioso. No era para menos, iba a leerle mis boberías a un escritor de verdad. En realidad todo el valor que tenía mi obra eran los halagos que me hacían mis hermanos, aunque en el fondo ya me creía un escritor y estaba empezando a tomarme en serio el jueguito. Nos bajamos antes de la entrada principal, cruzamos la calzada y empezó la competencia. Rey se mandó a correr. Parece que ya era costumbre y la tribu lo siguió. Me costó trabajo



Nicolás Abreu Felipe y Reinaldo Arenas

alcanzarlo porque corría como un animal, pero estaba incursionando en mi terreno: para correr sobre aromas, pedregales, charcos o lo que sea, búsqüenme a mí. Ahogados llegamos a los matorrales, donde nos tiramos sobre la yerba todavía húmeda. Era un lugar especial, podíamos ver si se acercaba algún intruso. Leer oculto en unos matorrales era subversión a los ojos de cualquiera. Aunque siempre a la expectativa, cada cual desenfundó sus mamotretos y empezó el ataque. Todo el mundo disparó con inspiración. Rey leyó unos cantos de su novela *Otra vez el mar* que estaba reescribiendo. Como visitante me dejaron para el final y me alegré porque fui entrando en confianza. Leí unos capítulos de mi novela *En blanco y trocadero*. A Rey le encantó y le debo mucho a su comprensión y sus críticas siempre justas y sobre todo condescendientes. Simpatizó mucho con mi imaginación. Nunca más dejé de ir a una de esas lecturas. *En blanco y trocadero* se convirtió en una trilogía acompañada de *La perlana* y *Un sisí*. Fueron días fructíferos, de magia para todos, que escribíamos como locos y hasta por los codos. También, solavaya, escribí las novelas *Amén* y *El desbarajuste*, un libro de cuentos que se llamaba *Las ratas* y un cuento largo titulado *Pedrito echapalante*. Todavía no puedo explicarme cómo podíamos soportar aquellas palizas que nos dábamos de lecturas. Con *La perlana* se morían de la risa, pero con el tiempo se convirtió en una amenaza porque era una novela interminable. Ya cuando decía que iba a leer un capítulo de la misma mis contrincantes huían a toda carrera. Me sirvió de mucho,

sobre todo con mis hermanos; para salvarme de las torturas de sus poemas, les decía que yo los escuchaba a cambio de que oyeran lo último de *La perlana*. Nunca aceptaron el reto. En realidad era mucho, cualquiera de nosotros era capaz de terminar un libro en unas horas.

Eso sí, a todo el mundo le encantaba oír leer a Rey, leía lindo, le daba un encanto a las palabras que te hacía sentir las vibraciones y el ritmo de las frases como él quería. Parecía cantar con aquella pronunciación suave y pausada que tenía.

Después de cada lectura nos quedábamos un rato hablando de los nuevos proyectos y nos hacíamos críticas severas pero constructivas. En esas tertulias de matorrales aprendí a decirle sin reparos, a cualquiera que me pida una opinión, si es una mierda lo que me ha dado a leer. También hacíamos intercambios de libros, Rey siempre nos sorprendía con algo imposible de conseguir. Algunos, fácilmente, podían costar 10 años de cárcel si te sorprendía la policía con uno de ellos. Un día de mi cumpleaños me regaló, dedicados y todo, *Sodoma y Gomorra* de Proust y *Poesía completa* de Jorge L. Borges. Andan por Cuba. A veces en la exaltación, se nos escapaban ideas que otro aprovechaba. Rey era un rey en eso. Raptaba la idea con su estilo y la hacía suya sin remedio. Dios sabe lo que hace. Él por su cuenta nos llamaba las hermanas Brontë y nosotros por la nuestra le decíamos la Esponja.

A principio de la década de los setenta Rey se enfermó. Le diagnosticaron meningitis y a correr se ha dicho.

*Armando Gómez: La otra ciudad repentina*



Pensó que se iba a morir y escribía como un mulo. Había instalado un rollo de papel a la máquina de escribir, porque no consiguió hojas, y arremetía todos los días contra el teclado escribiendo *El asalto*. Le pusimos a aquel rollo *el papiro* y nos moríamos de la risa cuando sacaba el pliego interminable y se ponía a leer. Es muy cómodo, no pierdo tiempo cambiando hojas, decía.

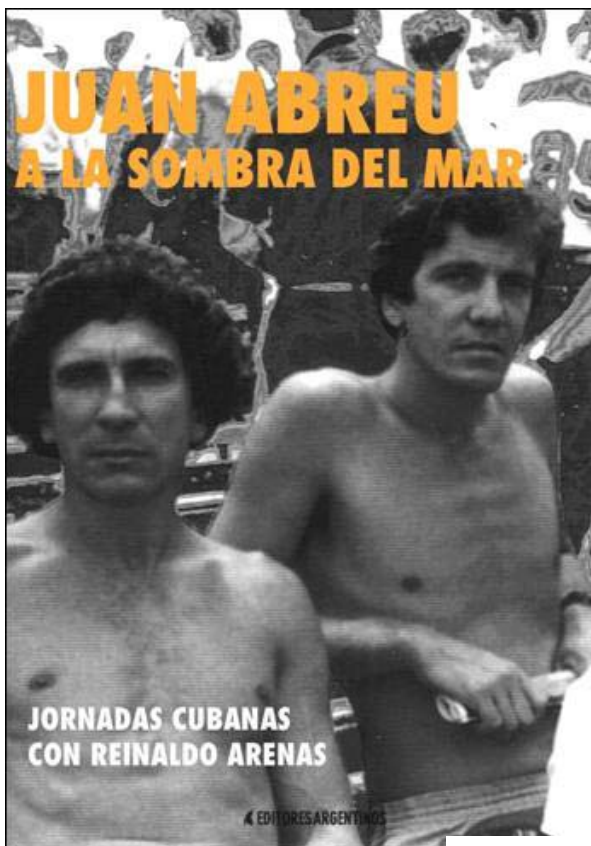
Unos amigos franceses, cuando se enteraron de su enfermedad, le mandaron penicilina que le decomisó el gobierno. José le consiguió antibióticos en el hospital y mi madre lo inyectaba semanalmente. Más tarde, un segundo envío se manejó para que lo recibiera personalmente y se hizo de una penicilina muy fuerte. Había que pincharlo al lado de la cama, para que se derrengara sobre el colchón cuando recibía el millón quinientos mil de penicilina. A ver mi hijo, no te pongas tenso que jorobas la aguja, le decía mima, y fuácata le metía el pinchazo. Era una experta tirando la jeringuilla. En una de las visitas me dijo que pasara por su casa para devolverme *Pedrito echapalante* que le había dado para que me lo revisara y que tenía que hablar conmigo.

Una mañana me levanté temprano, me monté en una 100 vacía y me fui a verlo a la playa. Como de costumbre le tiré una piedra a la ventana de su cuarto para avisarle que estaba allí. Se asomó soñoliento y me dijo que bajaba enseguida. Era una mañana linda y muy rico el olor que

llegaba con la brisa del mar que se agitaba a unos metros. La chismosa de la tía ya se había parapetado y espiaba por entre las persianas. No tardó mucho por suerte. Cuando íbamos camino del Patricio Lumumba, nombre con el que bautizó la revolución un antiguo círculo privado que había en las playas de Marianao, me entregó el cuento y me dijo que le había gustado mucho. *Pedrito echapalante*, trataba de un fanático personaje revolucionario que como buen esclavo cumplía con todo lo que régimen le pedía por el bien de su país. Fidel Castro desaparece y Cuba vuelve a ser lo que fue, una isla libre. El tarado Pedrito no podía aceptar el cambio y se aferra a sus diplomas y su televisor ruso. La sociedad lo acorralla, pero no se atreve a integrarse al progreso, por lo que comienza a planear, rodeado de todos sus diplomas y medallas, como tumbar al nuevo gobierno.

Fuimos directo para la cafetería, compramos croquetas al plato, guachipupa para desprenderlas del cielo de la boca y nos fuimos a sentar a una mesa, pegada a los ventanales desde donde veíamos la playa y a la gente tirándose desde el puente de madera al agua cristalina. Rey me dijo que estaba metido en un lío y que necesitaba que lo ayudara porque le podía costar caro. No se veía nervioso, tenía un temple del carajo. Me dijo que unos muchachos habían tratado de robarles sus pertenencias a él y a otro amigo en la playa de Guanabo, pero que cuando vino la

## PROXIMAMENTE A LA VENTA



  
EDITORES ARGENTINOS

policía, los delincuentes se defendieron diciendo que los dos habían tratado de violarlos. Me explicó que la policía la emprendió rápidamente contra ellos porque los jóvenes eran *camilitos* (así le decían a los niños que ingresaban a la escuela militar Camilo Cienfuegos), y que ahora tenían que enfrentarse a un juicio. Yo le dije que contara conmigo y me dio a conocer el plan que tenía para que yo sirviera de testigo, que no había problema, que todo estaba consultado con su abogado. Lo único que yo tenía que hacer era decir el día del juicio que yo estaba también en Guanabo ese día y que por casualidad vi la trifulca cuando ellos se defendían de los *camilitos* que trataban de robarles. Quedamos en vernos en una semana allí mismo para que conociera a Coco, el otro que había participado del bochinche. Por último me dijo que no se lo dijera a nadie. Después caminamos por la playa conversando de literatura y como siempre del día en que pudiéramos largarnos de aquella isla. Qué inocentes estábamos, Rey en esos instantes camino a su cuarto, y yo, sentado en la ventanilla de una ruta 100, del despedote que se avecinaba.

La verdad es que no le di mucha importancia al asunto. Creía que iba a hacerle un favor a mi amigo, que se lo merecía, sin mayores complicaciones. Más bien me sentía orgulloso de poder ayudarlo. Nunca pensé, que un problema como aquél, que sucedía todos los días en cualquier lugar de La Habana, pudiera perjudicarme.

Días después, Rey y Coco ya me estaban esperando

*Clara Morera. Oshun*



en la entrada del Patricio cuando llegué. Rey me lo presentó y fuimos directo a un bote de madera que ya tenían alquilado. Es mejor hablar mar afuera, quién sabe si por casualidad vamos a parar al otro lado, dijo Rey en broma. Me explicó que su amigo estaba ya al tanto de todo, pero que era importante que nos conociéramos. Rey y yo estábamos en trusa, pero Coco iba disfrazado de pepillo, con pitusa, camisa extranjera y gafas oscuras. Desde el principio me pareció un tipo raro, tengo ojo clínico para los policías. Nos montamos en el bote, zafé las amarras y salimos. Allí junto al muro estaba como siempre la mancha milenaria de manjúas. Remábamos Rey y yo. Coco iba sentado mirándonos remar como todo un mamalón, dándonosla de tipo importante. Por el muelle iban unas jovencitas y Rey les gritó: si son putas que vengan. Dos se tiraron y sofocadas regresaron a la orilla porque no pudieron alcanzar el bote. Rey aceleró el movimiento de los remos gritando a su vez, “huyamos”. Cuando pasamos el faro, que ya no era faro sino trampolín de donde se tiraban los güevones que se la daban de clavadistas, el mar se agitó y el azul se hizo más oscuro. Nos costó esfuerzo y tiempo alejarnos treientos metros de la costa. Así, lejos de la orilla, siempre bullía en mi mente la idea de huir. Pero número uno, en aquel bote era imposible, y número dos, estábamos vigilados. En realidad no hablamos mucho, boberías más bien, ya Coco sabía que yo iba a ser testigo en el juicio para ayudar a sacarlos de la candela en que estaban metidos. Pero a mí aquel amiguito de Rey me inspiraba mucha desconfianza. Varias veces lo sorprendí bajándose las gafas para mirarme al rostro, parece que quería llevarse una imagen más clara. Nos dimos un chapuzón mar afuera, el mamalón miraba como nos sumergíamos y nos gritaba que no nos alejáramos mucho que él no sabía remar. Después regresamos. En un momento que estuvimos solos le comenté a mi amigo que Coco me parecía policía. Rey confiado me contestó que lo que era imbécil. A fin de cuentas, Rey y yo no volvimos a vernos en largo tiempo ni tampoco pude hacer mi papel de testigo para defenderlo.

Los días pasaron y yo estaba leyendo muy tranquilo en la caseta del cine Dora cuando me llamó el administrador y me dijo que alguien quería verme, le pedí que lo dejara subir. Al minuto se apareció un personaje que se me identificó con el aterrador carnet de la Seguridad del Estado. Me dijo que se llamaba Víctor. Ahí empezó todo. Rey estaba huyendo y lo buscaban por toda la isla. Al principio el “seguroso” me trató bien buscando mi colaboración. Me preguntó que si yo sabía dónde estaba oculto Rey y por su novela *Otra vez el mar*, que si la conocía. Que lo buscaban por contrarrevolucionario. Yo por supuesto, haciéndome el loco, le contesté a todo que no. Al final me dijo que si trataba de contactar conmigo me comunicara con él y me dio un teléfono. Cuando Víctor se fue, las patas me temblaban y estaba blanco como la pared. Tenía que llegar a la casa, mi temor era que ya la hubieran asaltado por sorpresa y encontrado todos los libros de Rey y de nosotros. Cuando se acabó la función, tratando de guardar la calma, porque sabía que me estaban vigilando, salí rumbo



a mi casa. Era un mazo de nervios, la ciudad parecía derrumbarse sobre mí.

Las cuatro cuadras, de donde me dejaba la guagua a mi casa, fueron interminables. Cuando quité el pestillo de la puerta y la abrí, al primero que vi fue a José, Juan no estaba en la casa todavía. Lo metí en el cuarto y le conté todo, ahí se desayunó que yo iba a servir de testigo en el juicio y todo lo demás. No me reprochó nada, lo único que me dijo fue que había que esconder todos los manuscritos, antes de que la seguridad abordara la casa para registrarla. Cuando Juan llegó ya teníamos una fogata en la cocina dentro del latón de basura quemando todas las copias innecesarias, tratando de reducir un poco la loma de manuscritos. Algunas cosas muy comprometedoras se convirtieron en cenizas. Lo único que se acordó proteger fue la obra de Rey. Inmediatamente creamos planes para ponerla a buen recaudo en casas de amigos de confianza. Esa noche no dormimos quemando papeles y planificando dónde íbamos a meter las copias que sobrevivieron. Envolvimos muchas en nylons y las enterramos en el patio. Ahí con la humedad fue donde se deterioraron, gracias a Dios, las únicas copias que quedaron de mis libros y que después reescribí uno por uno, para que volvieran a desaparecer. Como yo era el más vigilado hasta el momento, me iba de la casa arrastrando con todos los policías, y mis hermanos aprovechaban para llevar los paquetes de información de los escondites, pensando siempre que alguno podía caer preso y ser presionado a hablar. Todos sabíamos de las más sofisticadas torturas que empleaba la Seguridad del Estado para que los prisioneros lo vomitaran todo. Días nos costó sacar de la casa lo que podría comprometernos. Luis cargó con una jaba llena de libros que escondió en casa de una tía, sin que se diera por enterada. A todas estas mis padres estaban ajenos a lo que estaba sucediendo.

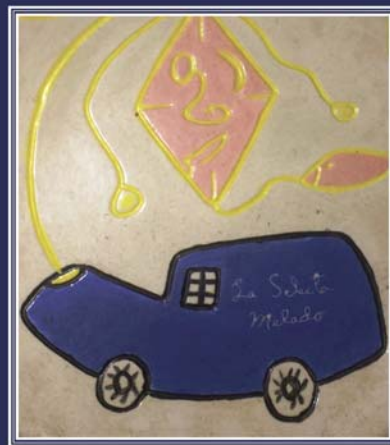
La seguridad empezó a interrogarme con más violencia. Apareció Saúl, un tipo agresivo que por sus modales se veía que no creía ni en su madre. Me acosaban en todos los cines que iba a trabajar, tratando de encontrar información del paradero de Rey. Llegaron a decirme que yo sabía dónde estaba oculto y que me habían visto cuando escondí el manuscrito de *Otra vez el mar*, detrás del librero que teníamos en la sala de la casa. Que si no colaboraba iba a terminar en la cárcel con él. Me mandaron a Delfín, que estaba preso en esos momentos, al cine para preguntarme por Rey. Había que ser un imbécil para no darse cuenta que aquello era una trampa. La cara de Delfín lo decía todo. Como Víctor y Saúl me habían encomendado la tarea de avisarles si cualquiera iba a preguntarme por Rey, lo retuve casi a la fuerza y los llamé por teléfono. Como era de esperar, me dijeron que lo dejara ir, que no me preocupara, que ya ellos tenían eso bajo control. La cosa se fue poniendo fea. Rey seguía huyendo y la seguridad, altanera al fin, perdía la paciencia. Me encerraron en un VW con cuatro agentes. Ese día me sacudieron fuerte. Saúl me tiró unos manotazos y grito “cojones” con tal fuerza, con tal brío, que por nada se ahoga, luego dijo a Víctor, que estaba al timón, que le diera para Villa Marista a ver si iba a vomitarlo todo o no.

Allí en la acera, frente al tenebroso edificio, me dejaron botado cuando, no sé ni cómo, dentro de mi apendejamiento, les hice creer que no sabía nada.

A todas estas Rey trataba de huir de Cuba en una cámara de goma, la corriente lo llevó de nuevo a la orilla sediento y hambriento. Ya en tierra se escabulló montando trenes de carga y pidiendo botella. A esas horas era buscado por toda la isla. Llegó a Oriente y se comunicó con su madre. Le pidió que fuera a la Habana y que hiciera contacto con nosotros y que me dijera que le echara la culpa a él de todo para que la policía me dejara tranquilo. Eso mismo pretendía hacer Rey si lo cogían vivo. Su madre se apareció en mi casa con un mensaje de Rey. Había decidido esconderse en el Parque Lenin. Deja claro en la nota el día y la hora en que se encontraría con uno de nosotros en el anfiteatro. Recuerden que el Parque nos lo conocíamos de memoria. Nunca supimos cómo la policía no vio a la madre de Rey ir a mi casa porque en esos momentos ya estaba completamente vigilada día y noche. asombro, que cómo era posible que yo estuviese en ese problema y no le hubiera dicho nada. En esos momentos me estaba cagando, pero hoy con mucha alegría pienso, que todos aquellos segurosos eran unos comemierdas. A partir de ese instante descansé un poco, porque alternaban los interrogatorios con mi hermano. Lo llevaron hasta la tabla, lo acosaban donde quiera. Una vez lo soltaron en una esquina y le gritaron que a ellos no les importaba otro caso Padilla.

Mi hermano Juan estaba en trámites de matrimonio y eso lo salvó un poco, por lo menos no lo molestaron con los interrogatorios. Ya le habíamos dado las características

## En Blanco y Trocadero



Nicolás Abreu Felipe

físicas de Saúl y Víctor, por si acaso, ya que él no los había visto nunca. Una sola vez Víctor me preguntó si Juan sabía del paradero de Rey, yo le dije que estaba en el lío del casamiento. Que conste que me puse un poco carrera y éste confirmó las contraseñas que traía, un libro y un pomo de medicinas. José lo sacó de la casa, después que fijó un lugar en La Habana Vieja, donde uno de nosotros se encontraría con él y lo llevaría al escondite de Rey. Nada iba a poder hacer porque le habían decomisado el bote velero que traía donde pretendía cruzar el estrecho de La Florida con mi amigo. El personaje era un aventurero de película, tenía oficio y experiencia. Se imaginan qué hubiera pasado si nos sorprenden con el hombre. Pero los segurosos inconcebiblemente no vieron nada. Parece que seguían funcionando mis rezos frente al altar de mi madre.

Juan fue el encargado de recoger a Joris, así se llamaba el francés. Se entrevistó con él en la caseta del cine Novedades donde trabajaba Bernardo, un cojo como yo, de mucha confianza para la familia. Después de muchas peripecias, caminatas y múltiples abordajes de guaguas repletas lo llevó al Parque Lenin a encontrarse con Rey. Fue como si le hubieran echado un jarro de agua fría por la cabeza, cuando supo que se habían caído los planes de fuga. Sin más remedio Rey le dio un S.O.S para que lo sacara de Cuba dirigido a la Cruz Roja Internacional, a la ONU y a la

UNESCO, denunciando su persecución. También cargó con dos manuscritos de mis hermanos. El francés se fue sin Rey. No sé si porque mi amigo pensó que el fin estaba cerca, en aquella cloaca, donde se escondía, empezó a escribir su autobiografía titulada *Antes que anochezca*, simplemente porque tenía que escribir antes de que cayera la noche.

Mientras todo esto pasaba me citaron a juicio a pesar de que Rey seguía huyendo. El papelucho traía una nota al pie que decía: “apercibido de ser conducido si no comparece”. Fui con José y allí me encontré con Coco que, insistentemente, me preguntaba si había visto a Rey. Trataba de cogerme, el cabrón, de atrás para adelante dándome fechas equivocadas. Yo lo que tenía ganas era de entrarle a patatas al mamalón allí mismo. Rey huyendo y él ahí como si nada, se suponía que debía estar preso. Por eso sigo pensando que era policía y cómplice de toda aquella bachata preparada para encarcelar a Rey. Siempre suspendían el juicio y me decían que esperara por una nueva citación. Cuando capturaron a Rey, que se celebró de verdad el juicio, a mí no me citaron. Rey fue para el Morro a cumplir los años que le metieron por la cabeza.

Mi hermano se casó bajo una estrecha vigilancia de la Seguridad del Estado que pensaban que Rey estaba invitado a la boda. En esos momentos yo sé que Rey se escondía en un desagüe, con frío, hambre y destruido.

## THE LAST EXILE



POETRY BY

GUSTAVO PÉREZ FIRMAT

GUSTAVO PÉREZ FIRMAT

# THE LAST EXILE

Para pedidos

**FINISHING LINE PRESS**  
([www.finishinglinepress.com](http://www.finishinglinepress.com))

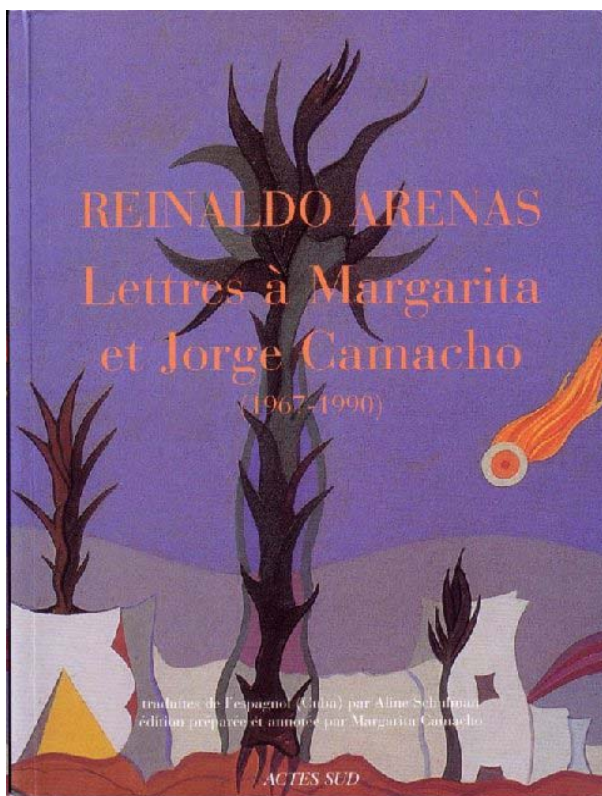
Los nervios nos iban consumiendo y todos bajamos de peso. El francés mandó una postal desde México que significaba que había salido de Cuba sin problemas y con los manuscritos. Yo seguía yendo a rezar o hacer promesas frente al altar. Una mañana un vecino nos comentó que no se podía ir a Calabazar porque tenían el Parque Lenin rodeado, tratando de capturar a un prófugo muy peligroso. José se fue, con el fin de acercarse al lugar y tratar de conseguir información. Yo estaba tirado en la cama cuando regresó y me dijo a rajatabla que habían capturado a Rey. Más tarde nos enteramos que cuando se supo rodeado se sentó en una piedra a leer. Los perros entrenados se lo querían comer. No me moví de mi cama de madera, sentía las cucarachas cuchichear bajo el colchón. Miré hacia el altar y me caqué en Dios, luego me tapé la cabeza con la

colcha y lloré.

Sí, así será. Esto es parte de una historia, como fue, no como a mí me hubiera gustado que hubiese sido. Te lo agradezco Rey y todavía puedo. ¿Quieres que te lea un capítulo de *La Perla*?

**Nicolás Abreu Felipe** (La Habana, 1954) llegó a los Estados Unidos en 1980, a través del puente marítimo Mariel-Cayo Hueso. Es autor de *Al borde de la cerca* (Madrid, 1987), testimonio de sus experiencias como asilado en la embajada de Perú en La Habana; de las novelas *El lago* (Miami, 1991), *Miami en brumas* (Miami, 2000) y *La mujer sin tetas* (Santo Domingo, 2005). Coautor con sus hermanos, de *Habanera fue* (Barcelona, 1998). Tiene inédito *Las hojas al caer*, poemas, y trabaja en la novela *La ribera*.

## MARGARITA Y JORGE CAMACHO



### Cartas de Reinaldo Arenas a Margarita y Jorge Camacho

(Fotos © Jorge Camacho)



Margarita Camacho y Reinaldo Arenas en Versailles, París.



Margarita Camacho y Reinaldo Arenas en New York

# José Abreu Felippe

## ¿Quién va a comenzar el canto?

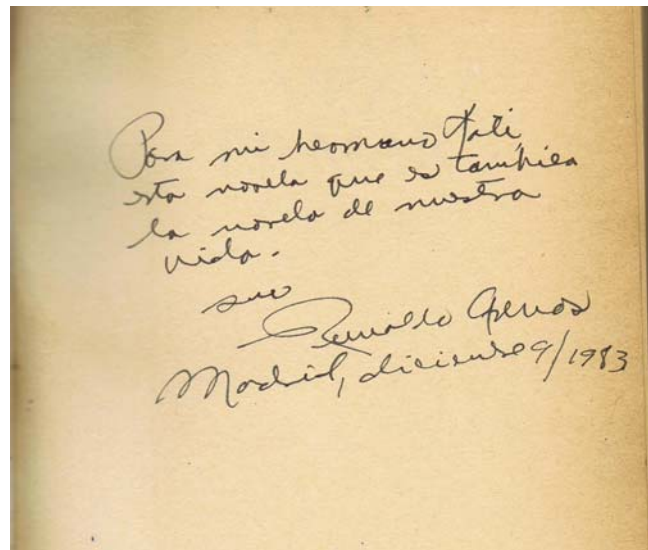
No es el muerto quien provoca el estupor  
es la sorpresa de ver cómo olvidamos  
su propia muerte, nuestro gran dolor.  
Queda el muerto, nosotros nos marchamos.  
No es el muerto, no, quien se retira.  
Somos nosotros que vamos discutiendo,  
sobre el cadáver que mudo nos mira,  
la posibilidad de seguir sobreviviendo.

Reinaldo Arenas

Después de muchas peripecias, que darían material para varias novelas (de horror), logré salir de Cuba el 5 de diciembre de 1983. Llegué a Barajas al amanecer del día 6, cumpleaños de mi hermana Acela, que me esperaba en el aeropuerto junto a mi madre. Había nueve grados centígrados bajo cero, no nos pusieron el túnel para salir del avión, y recuerdo que cuando toqué la barra de la escalerilla, empecé a temblar y no paré de hacerlo hasta tres o cuatro días después. En realidad, creo que no me detuve hasta que llegó el raquítico –por su duración– verano madrileño. Tres días después, el 9, tocaron a la puerta de la casa y era Reinaldo Arenas, enarbolando, radiante, un ejemplar de *Otra vez el mar*, que había publicado Argos Vergara, en noviembre de 1982. Sus primeras palabras fueron. “Ay, ¿quién va a comenzar el Canto Cuarto?”.

Aquella novela –aquel gesto, aquellas palabras–, era todo un símbolo en nuestro reencuentro, pues su segunda parte –los seis cantos– fue leída en el Parque Lenin, a medida que iba siendo reescrita –la primera parte él había logrado sacarla de Cuba clandestinamente e hizo que le

José Abreu Felippe y Reinaldo Arenas © J. Abreu Felippe



enviaran, de la misma forma, una fotocopia, para que mis hermanos y yo pudiéramos leerla– y fue, en gran medida, la causa de la persecución que padeció y su posterior encarcelamiento. Todos los interrogatorios que sufrí, por aquel entonces, a manos de la Seguridad del Estado giraban siempre sobre el dichoso manuscrito de *Otra vez el mar*. Era obvia la desesperación que sentían porque no habían podido apoderarse del mismo y estaban que trinaban. Yo siento mucho cariño por esa gran novela –mucho tiempo después de agotada la edición de Argos Vergara, Tusquets la reeditó en el 2002–, y hoy todavía, cuando releo alguno de sus cantos, por detrás de mis ojos siento la voz de Rey. Y si los cierro lo sigo oyendo pero ya debajo de las yagrumas, en el monte cubano, todos juntos, idos del mundo y de la realidad, llevados por el ritmo único, por la cadencia de aquella voz que ya entonces era “triste como la carta de un amigo en el exilio.”

Mira, ahora estás tendido y respiras.  
Mira que la vida es sólo esclavitud y aplauso.  
Mira que la vida es sólo fanatismo o cuchillo.  
Mira, ahora estás tendido y respiras.  
Mira que la vida es sólo riesgo o abstinencia....

La vida es riesgo o abstinencia, repetía siempre Rey... Decía que yo quiero mucho a esa novela, porque está en mi carne y forma parte indisoluble de mi vida. Es, como me escribió en la dedicatoria, aquel día en Madrid, “la novela de nuestra vida”. Después de todo lo que habíamos pasado, ahora estábamos otra vez juntos, descubriendo un mundo que sabíamos que existía pero que metódicamente nos lo habían negado. Mi madre, que había sido su enfermera en los años 70, se veía feliz. Por esos años, Reinaldo había enfermado de meningitis y como la penicilina que le enviaron de Francia se la decomisaron, me las ingenié para conseguir penicilina benzatílica en el hospital donde daba clase. Esa penicilina dolía un horror por lo que algunas enfermeras amigas me recomendaron que se la pusiera con un poco de lidocaína, que es un anestésico. Reinaldo venía a mi casa para el tratamiento, creo, no me acuerdo bien, tres veces a la semana y mi madre era la que lo inyectaba...

Me había propuesto evocar aquella primera Navidad en Madrid, en libertad y en compañía de Reinaldo Arenas y he terminado, como casi siempre, hablando de inyecciones y de *Otra vez el mar...* Fueron unos pocos días –era su primera visita al viejo continente y él seguía hacia París para reencontrarse con los Camacho, Jorge y Margarita– que pasamos juntos sin parar la pata: Toledo, El Escorial, Segovia y después zapateando el Madrid de 1983, sus museos, sus iglesias, sus calles, sus parques –en El Retiro, bajo un frío que pelaba, hicimos una lectura rememorando las del Parque Lenin–, sus librerías, sus tugurios, sin excluir, desde luego, Los tres cerditos –el más famoso y no menos tenebroso restaurante cubano de la época– donde en los años 70 trabajó amenizando las cenas Bobby Collazo (1916-1989) y el alucinante cine Carretas, ambos lugares ya hoy desaparecidos.

Una noche, pocos días antes de su partida, nos reunimos en casa mi amigo Pío Serrano –con quien estoy en eterna deuda de gratitud y cada vez que pueda lo repetiré, pues fue él quien, sin conocerme, ayudó a gestionar mi salida de Cuba– con Germán Puig y Gastón Baquero (1914-1997).

Hacía mucho frío esa noche, recogí a Rey en su nuevo hotel –unos amigos en Miami le habían recomendado uno barato en la Calle de la Ballesta, en pleno barrio de putas, y ni siquiera la terrible Tétrica Mofeta pudo sobrevivir a la primera noche; me llamó a gritos por teléfono para que lo sacara de allí y lo llevara a tierras más apacibles– y atravesamos todo el viejo Madrid hasta el número 3 de la calle León donde, en el tercer piso, vivía Pío en compañía de la que era entonces su esposa, mi siempre bien recordada y querida amiga, Edith Llerena (1936-2006). Era un piso, como se dice por allá, bonito y acogedor, con una reproducción, muy bien enmarcada, a mano derecha cuando uno entraba, de *El jardín de las delicias* del Bosco, de la cual Rey y yo nos enamoramos enseguida –al extremo que al día siguiente corrimos al Prado y nos compramos una cada uno; él pagó por las dos, pues yo andaba con una mano delante y la otra atrás y así sigo–. La mía, aún la conservo.

La tertulia fue en el salón principal que tenía su

*José Abreu Felipe y Reinaldo Arenas © J. Abreu Felipe*



*La madre de los Abreu y Reinaldo Arenas © J. Abreu Felipe*

chimenea con fuego auténtico. Yo miraba a Edith, de rodillas junto al hogar acomodando los maderos y moviéndolos con unas largas tenazas, mientras un calor rico, natural, vivificaba el ambiente. Era algo que sólo había visto en películas y me tenía fascinado. Sentí deseos de acurrucarme allí y no moverme más. En algún momento tendré que escribir de aquella noche, que para mí fue mágica por muchos motivos. Baste ahora decir que la imponente presencia de Gastón, que destilaba eso que llaman “clase” por los cuatro costados, impecablemente ataviado y enfundado en un sobretodo color crema, llenó la noche. Un grande entre los grandes narrando sus historias y nosotros, simple mortales, disfrutándolas. Tarde nos fuimos Rey y yo –Germán nos acompañó en un recorrido por los tugurios que rodean la Plaza Mayor– y lo dejé en la puerta de su hotel. Se veía feliz.

Hoy, a 25 años de su muerte, el 7 de diciembre de 1990, el estupor todavía nos acompaña, pero no porque hayamos olvidado. Cargamos con los muertos, sobrevivimos con ellos. Miro hacia atrás y veo cadáveres, miles de cadáveres sembrados en más de medio siglo de horror institucionalizado. Mejor lo dejo aquí. Me voy a leer *Otra vez el mar*. Empezaré por el canto cuarto... ¿Quién va a comenzar el Canto?

*En Miami, exilio, 27 de octubre de 2015.*

**José Abreu Felipe** (La Habana, 1947), poeta, narrador y dramaturgo. Finalista en el concurso Letras de Oro 1993, Premio Internacional de Poesía Gastón Baquero 2000 y Premio Baco de Teatro 2012. En su obra destaca la pentalogía *El olvido y la calma*. Entre sus libros más recientes figuran *121 lecturas* (2014) y *El tiempo a la mitad* (2015).

# Miguel Correa

## “NI PARA PERSEGUIR A UNO SON BUENOS”

La vieja guagua Camberra que nos transportaba del Mosquito al puerto del Mariel, de donde saldríamos finalmente hacia Estados Unidos, venía repleta de jóvenes emigrantes. Todos los asientos venían ocupados, salvo el que estaba a mi lado. Recuerdo que me llamó la atención que no hubiera ningún otro asiento disponible en el ómnibus, salvo el que estaba a mi lado. Yo ocupaba la ventanilla. Manchas de huevos estrellados cubrían toda la periferia del ómnibus. Hasta en la parte exterior de los vidrios de las ventanillas goteaban chorreras de huevos lanzados a lo largo del trayecto por las turbas que el gobierno había autorizado a atacarnos por nuestra decisión de querer abandonar Cuba. Extrañamente, en el interior del ómnibus reinaba una limpieza relativamente aceptable.

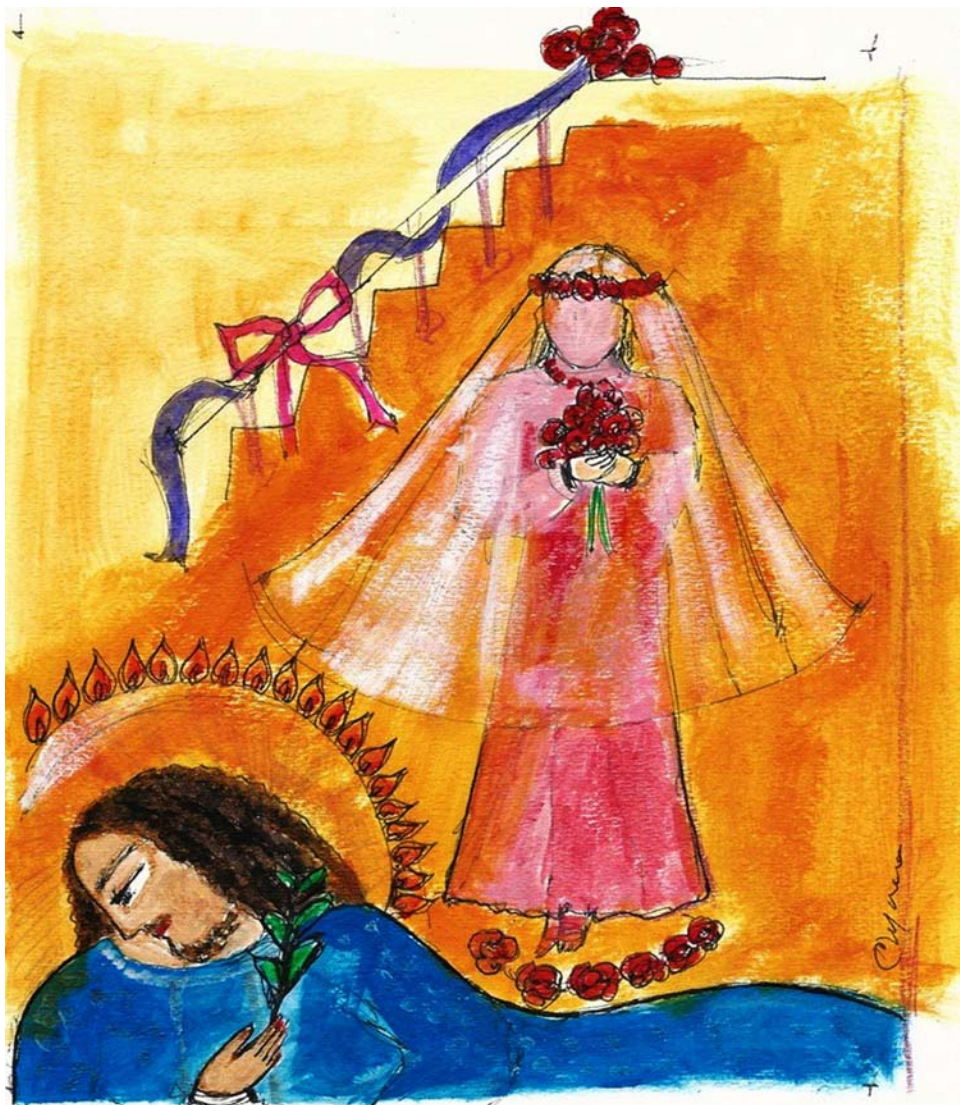
Llevaríamos quince o veinte minutos de recorrido cuando el ómnibus se detuvo. Subió un hombre delgado, mayor, de pelo muy negro y corto y se sentó justo en el asiento que estaba libre a mi lado, el único disponible. Parecía como si el asiento hubiera estado reservado exclusivamente para él. No hizo más que sentarse y entabló conversación conmigo. Me preguntó a qué hora había salido el ómnibus del Mosquito, de qué parte del país yo venía y no se qué otra formalidad. Aunque su trato era afable, desconfié del personaje apenas subió al ómnibus. De pronto y en el mismo tono afable, me hizo la siguiente pregunta:

“¿Tú conoces a Reinaldo Arenas?”

Recuerdo que pensé un segundo o dos antes de

contestar la pregunta a mi interlocutor, aparecido de la nada en el ómnibus. Yo conocía a Reinaldo Arenas de hacía unos tres o cuatro años. Y sabía de los problemas que el escritor había tenido con el gobierno, y de la cárcel que había padecido. Y de que no sería la figura idónea a la que yo debía aparecer relacionado, y mucho menos en este momento, a escasos minutos de abordar un bote que me

Clara Morera: La novia de Lázaro



sacaría de Cuba.

“No, no sé quién es, le contesté”.

Mi respuesta abrió un breve silencio que anuló el diálogo iniciado por el personaje. Sospechaba que el ser sabía que yo le estaba mintiendo. Al atreverse a hacerme la pregunta, no había dudas de que sabía la respuesta. De otro modo, no me la hubiera hecho. Su pregunta era también

una muestra de que me habían espiado a mí por varios años. Me arrellané en el asiento y me puse a mirar por la ventanilla con cierta modorra bovina: hileras de arbustos raquíuticos, una geografía compungida, menor, casuchas aisladas, perdidas en una vasta desolación. Muy cerca ya del Mariel, el personaje se levantó de su asiento a mi lado y se dirigió a los pasajeros, de pie, al lado del asiento del chofer. Esto terminó por identificarlo: era un oficial del gobierno o sea, de la Seguridad del Estado.

“En unos minutos llegaremos al puerto del Mariel de donde saldrán todos hacia los Estados Unidos. Los ire llamando por su nombre para hacerles entrega del pasaporte cubano. Todos dirán que provienen de la Embajada del Perú. Viajarán sin historia criminal de ningún tipo. Depositarán el dinero cubano y cualquier propiedad que porten en esta caja. No van a necesitar ese dinero en Estados Unidos.

Y no se volvió a sentar en su asiento. Entonces se produjo uno de los incidentes mas memorables que recuerde de mi salida por el Mariel: la guagua cogió una curva muy pronunciada y, al salir de ella, vimos cientos de botes, barcos, camaroneros, lanchas, lanchitas y barcazas: de todos los colores y tamaños, anclados en la bahía del Mariel. Eran tantos que no pude ver el mar; se hubiera podido saltar de uno al otro hasta el horizonte. El corazón me dio un vuelco: en la arena, un letrero enorme con letras en rojo decía: Marlboro. Nada más americano que esa palabra. Hasta ahora no había desterrado la idea de que en realidad todo era una trampa, de que en algún momento nos arrestarían o nos

devolverían a casa. Pero el letrero en rojo decía, inconfundiblemente, que íbamos a salir. El ómnibus se detuvo frente por frente a aquel despliegue glorioso de embarcaciones. Fui uno de los primeros en ser llamado por la lista. Tiré en la caja todo mi dinero cubano: 17 pesos, el carné de identidad y un sándwich de jamón y queso que mi madre me había preparado y que había conservado hasta el último instante por si el hambre arreciaba. Cuando pasé frente al sujeto, éste me entregó el pasaporte que en sus paginas interiores decía que yo provenía de la “Embajada del Perú”, algo totalmente falso, y me quitó un lapicero soviético atado a una cadenita que llevaba en el bolsillo de la camisa. Me deshice de todo aquello con alegría: algo me decía ahora que no era una trampa, que de verdad íbamos a salir de Cuba.

Semanas más tarde, en Miami, y en el apartamento del poeta cubano Miguel Sales (donde Reinaldo empezó a quedarse tras su llegada a Estados Unidos), le contaría a Reinaldo el incidente del sujeto en la guagua preguntándome por él. Reinaldo se sonrió y me dijo: “les cogió tarde; ni para perseguir a uno son buenos; para la fecha ya yo estaba en Key West.”

### ***Entre reclutas***

Conocí a Reinaldo Arenas en La Habana, hacia 1977, a los pocos días de haber salido él de la cárcel, en uno de los períodos más fecundos y a la vez más difíciles de su vida. Mi amigo de la universidad de La Habana, Roberto

## **Patrocinadores de este número dedicado a Reinaldo Arenas**

**René Cifuentes**

**Margarita Camacho**

**Juan Abreu**

**René Dayre Abella**

**Padilla Cigars**

**Robert Lima**

**Miriam Rodríguez Febles**

**Carmen Karin Aldrey y  
La Peregrina Magazine**

**Gustavo Carmona**

**Carolina Hospital**

**Joaquín Gálvez y la tertulia  
“La Otra Esquina de las Palabras”**

**Baltasar Santiago Martín y la Fundación  
APOGEO**

**Reinaldo García Ramos**

**Juan Cueto**

**Rolando Alum, jr.**

**Maya Islas**

**Nancy Pérez.Crespo**

**Miguel Correa**

**Margarita García**

**Manuel Alfredo Galguera**

**Marlene Monleon y las Ediciones Eriginal**



*A todos, muchas gracias*

Valero, me llevó a conocerlo a su estrecha habitación de Monserrate, en el corazón de La Habana Vieja. Cuando llegué, había un joven en ropa militar, pelado al rape, sentado en la única silla de la pieza. Arenas se encontraba arriba, en la *barbacoa* (un segundo piso pobremente improvisado que aumentaba el espacio de aquel tugurio), haciendo el amor con otro joven militar. Al sentirnos llegar, sacó la cabeza por una hendidura y nos saludó desde lo alto. Mientras lo esperábamos, entablamos conversación con el recluta que aguardaba su turno erótico como si esperara en una barbería. Del piso de arriba nos llegaban gruñidos, quejidos y bandazos que los visitantes tratábamos inútilmente de ignorar. Eran acoples sexuales extremadamente breves. Enseguida bajó de la barbacoa el primer recluta; subió el segundo y en menos de media hora ya habían terminado las batallas. Nos saludamos todos con un aire de naturalidad “escandinava” y salimos a dar una vuelta por La Habana. Arenas despidió a los dos jóvenes militares en la parada de la guagua en el Hotel Plaza y nosotros tres nos perdimos por la ciudad recién anochecida.

Conocer a Reinaldo en medio de una sesión lasciva casi pública surtió en mí un profundo impacto. Recuerdo que pensé mucho sobre el incidente, hasta que logré aceptarlo y entenderlo como normal, dada nuestra condición de mamíferos vertebrados abandonados en una isla tropical.

### *Unos años más tarde, llegaríamos al exilio*

Un incidente al parecer anodino pero que para mí tenía mucha importancia ocurrió en esos días: Arenas me llamaba con frecuencia a casa de mi tía en el South West. En una de sus llamadas, mi tío salió al teléfono: era Reinaldo. Mi tío me pasó el teléfono y Reinaldo y yo fijamos vernos esa noche en la casa que ocupaba la organización de Huber Matos en el South West, llamada CID (Cuba Independiente y Democrática). Cuando colgué el teléfono, mi tío -un exiliado heptagenario llegado al exilio en los años 60, me dijo: “Oye, por el modo de hablar, ese tipo que te llamo parece medio afeminado”. Pensé un instante en qué respuesta le daría. Mi mente atravesó todo el trayecto de los botes en alta mar, la dolorosa travesía, el horror de haber vivido hasta ese momento una mentira. Y decidí que no iba a continuar viviendo en la deshonestidad.

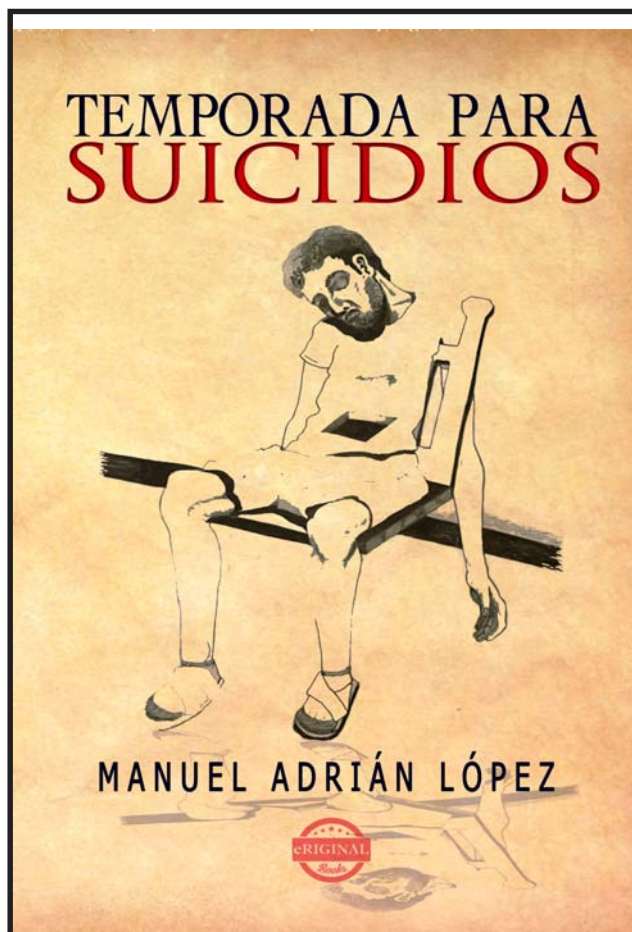
“Ese amigo mío no es afeminado: es maricón”, le dije. Y su rostro adquirió varios tonos de palidez. No me contestó. Agachó la cabeza y se dirigió al portal. Para bien o para mal, se lo había espetado en plena cara. Sin darme cuenta, había comenzado algo que desde que vivía en Cuba ansiaba llevar a cabo y que de cierto modo justificaba mi existencia: mi compromiso con la verdad, con las consecuencias que ello me acarrearía.

Después perdí el rumbo de Reinaldo.

Yo me reasenté en Nueva York, en un apartamento desvencijado que Roberto Valero había alquilado en el Alto Manhattan. Me llamó a casa de mi tía en Miami para decirme que no habíamos salido de Cuba para carenar en un pueblucho sin identidad como lo era Miami. No tardó en

convencerme de esa verdad. Por esos días el gobierno norteamericano estaba ofreciendo pasajes de avión a todo *marielito* que quisiera abandonar la ciudad. El impacto que el éxodo del Mariel había tenido sobre el sur de la Florida era tan devastador que el gobierno, para aliviar la zona de desastre, empezó a ofrecer pasajes gratuitos a marielitos para su reubicación fuera de Miami. Enseguida busqué el mío y en dos días ya estaba volando hacia la urbe de los rascacielos.

**Miguel Correa Mujica:** (Cuba, 1957) Estudió lengua y literatura rusa en la Universidad de La Habana. Llegó a los Estados Unidos en 1980, a través del éxodo del Mariel. En 1983 publicó *Al Norte del infierno*. Se doctoró en lengua española y literatura hispanoamericana en el 2003 por la City University of New York, donde se desempeña como profesor en la actualidad. En el 2006 publicó su segunda novela *Furia del discurso humano*. Fue un asiduo colaborador de la revista MARIEL (1983-1985).



MANUEL ADRIÁN LÓPEZ

A la venta en Amazon





# René Cifuentes

## Notas sobre un provocador (Dos textos inéditos)

“Por aquella época comenzó lo que podía llamarse La Guerra de los Anónimos”

Reinaldo Arenas: *Antes que anochezca*

Siempre irreverente, Reinaldo Arenas escribió — a veces para jugar, muchas para mortificar, y siempre para divertirse— algunos textos que en ocasiones llamó anónimos y otras, declaraciones o comunicados, y que siempre tenían un tono antioficialista. A diferencia de sus trabalenguas, que él se sabía de memoria y recitaba como un juglar en cada oportunidad que se le presentase, muchos de esos textos han desaparecido; él los consideraba temporales y hacía escasas copias.

### Satélite

Alrededor de 1977 ó 78, yo vivía en casa del pintor Eduardo Michaelson en La Habana. Un día, uno de los que allí residían trajo a Reinaldo para que le ayudara en algo, y otro de los inquilinos, que se dedicaba a arreglar ropa, lo convirtió en su cliente. Y así fue que las visitas de Reinaldo se hicieron frecuentes. De esa fecha es este documento, una época en que yo era, no el satélite de Miguel Barnet, sino su “brújula”, su “fondo de dicha”, como él mismo me dijo en un poema.

Sr. René Cifuentes.  
Ciudad de La Habana.

Señor Cifuentes. Por este medio tenemos el gusto de comunicarle que esta Real Academia de la Lengua Larga en sesión ordinaria, lo ha nominado a usted como:

El más insignificante de los satélites de Miguel Barnet.

Por lo cual deberá usted pasearse en horas de la noche por Utopia con Arenas y la jutía bajo el brazo, haciendo una genuflexión cada 45 minutos.

sin más quedo de usted atento,

Miguel Barnet.

### Las osas, los ocios y los días

“Mi mayor alegría es que me recuerden como un espíritu burlon”, me escribió en una de sus últimas dedicatorias. Un cuarto de siglo después, encontrar esta maravillosa página

Las osas, los ocios y los días.

Tenía una imaginación tan ingeniosa que dividió la palabra osada y se quedó con un ingenio y una osa. Ah, pero tenía una imaginación tan poderosa que dividió la palabra y ostentó el poder, escoldido de una osa. La osa, av, no era dicha, ya saben ustedes esas cosas... Pero como era un hombre poderoso dividió la palabra en dos y se quedó con el poder y con un oso que resolvió el problema de la osa. Av, pero el de él seguía irresoluto, pero como no tenía una imaginación tan penetrante, dividió la palabra y tomó osada, luego lo importante, resolviendo su problema en un instante. Por fin le llegó el momento de la fosa, pero era tanta su osadía que dividió la palabra y se quedó con otra osa y otro día. El día terminó, pero su imaginación fue tan osada que partió la palabra y se hizo de otra osa y de un hada que el plazo de la vida le extendía... Pero como hasta el ocio se vuelve un mal negocio decidió poner fin a su osadía, y murió. Entonces, no sabiendo que hacer con su osamenta la rompió. Cuando sus compungidos amigos arribaron sólo hallaron una osa tomándose una menta.

nica.

coco.

Barnet

alondra.

rosa.

ofelia.

amor.

### Compungidos amigos

Muchísimos de nosotros recibimos el afecto incesante de aquel guajiro solitario, su estímulo y hasta su generosidad económica (unos nos moríamos más de hambre que otros). Disfrutamos de su incisiva lengua, su imaginación sin límites. Muchos salimos invictos de aquel encuentro y otros, quizás a los que él más quería y ayudaba, fueron cercenados por sólo una opinión, pero a todos nos contagió con su explosiva energía, su desmesurado amor y respeto a la literatura y su admiración por la furia (escribió todo un ensayo al respecto). Esa misma furia que seguramente él desataría ahora, ante el vergonzoso juego con la dictadura de algunos de nuestros amigos más íntimos. Y sobre todo, a pesar y a costa de todo (y de algunos), nos dejó una obra extensa y extraordinaria, a la cual podemos siempre regresar, para aprender a reírnos ante lo más terrible.

Nueva York, diciembre de 2015

## Fotos del álbum de René Cifuentes



Foto 1



Foto 2



Foto 3



Foto 4



Foto #5

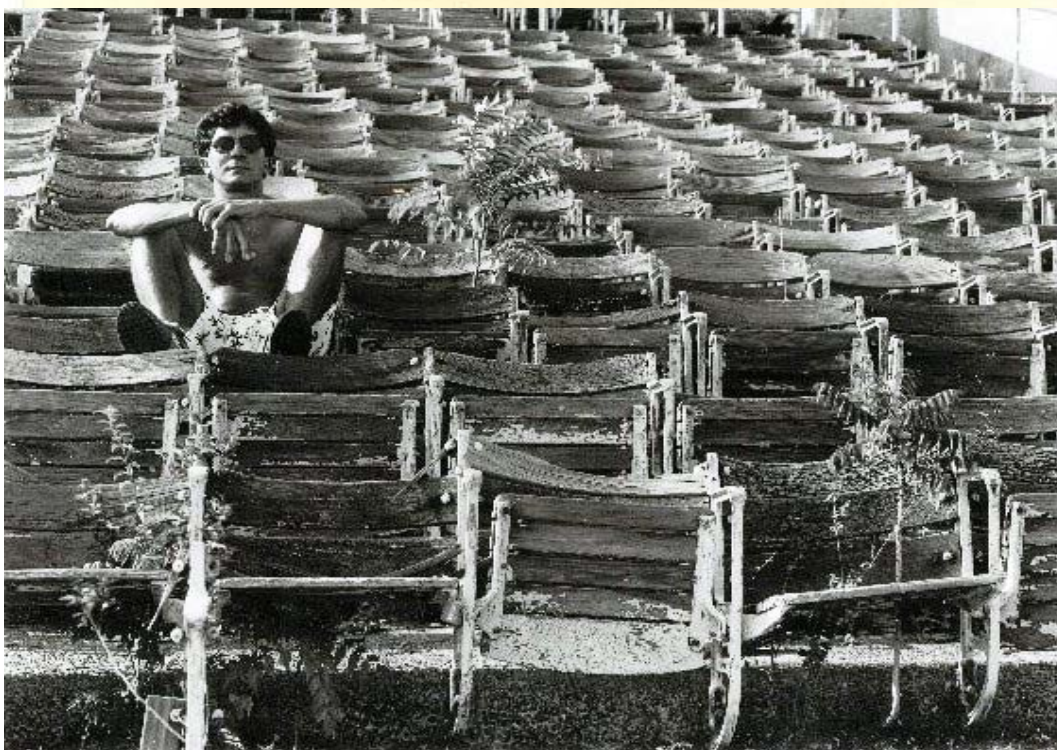
### Pie de Fotos ( Fotos © René Cifuentes)

- 1.- Reinaldo Arenas y Gladys Triana.
- 2.- Visita al Niágara: Roberto Valero, Scott Hauser, María Badías-Valero y Reinaldo Arenas.
- 3.- Preparando la revista MARIEL. Miami, 1963.
- 4.- Otra de la visita al Niágara: Reinaldo Arenas
- 5.- René Cifuentes, Heberto Padilla y Reinaldo Arenas, visita a Princeton, New Jersey, 1982.

**René Cifuentes.**(Cuba, 1953) Escritor y artista plástico cubano americano, radicado en New York. Uno de los fundadores de la revista MARIEL.

# Dos Fotos de Lázaro Gómez Carriles

Reinaldo Arenas  
y su madre.  
Foto © **Lázaro  
G. Carriles**



Reinaldo  
Arenas.  
Foto © **Lázaro  
G. Carriles**

# Orlando Jiménez Leal

Era un día de lluvia,  
luminoso, en Nueva  
York

Era un día de lluvia, luminoso, en Nueva York. Reinaldo Arenas y Heberto Padilla nos esperaban en la mítica Librería Las Américas, que había fundado un italiano enloquecido y romántico, el legendario Gaetano Massa. La misma, además de centro de conspiraciones políticas y literarias, servía de refugio a todos los intelectuales latinoamericanos que pasaban por la ciudad. Pedro Yanes nos había prestado el local. Allí filmaríamos algunas escenas de **Conducta Impropia**, documental que Néstor Alméndros y yo estábamos rodando para la Televisión Francesa. Aunque hacía poco tiempo que conocíamos a Reinaldo, su imprevisible sentido del humor y su ingenio, nos hizo que simpatizáramos inmediatamente con él. Heberto, versado en alcoholes finos,-- antes de empezar la filmación, propuso un brindis. Yo lo acepté. Néstor -¡click!- hizo esta foto. Era el verano de 1984. Y fue el principio de una gran amistad.



*Orlando Jiménez-Leal y Reinaldo Arenas. Foto de Néstor Alméndros*



*(Heberto Padilla, Reinaldo Arenas y Orlando Jiménez-Leal. Foto Néstor Alméndros)*

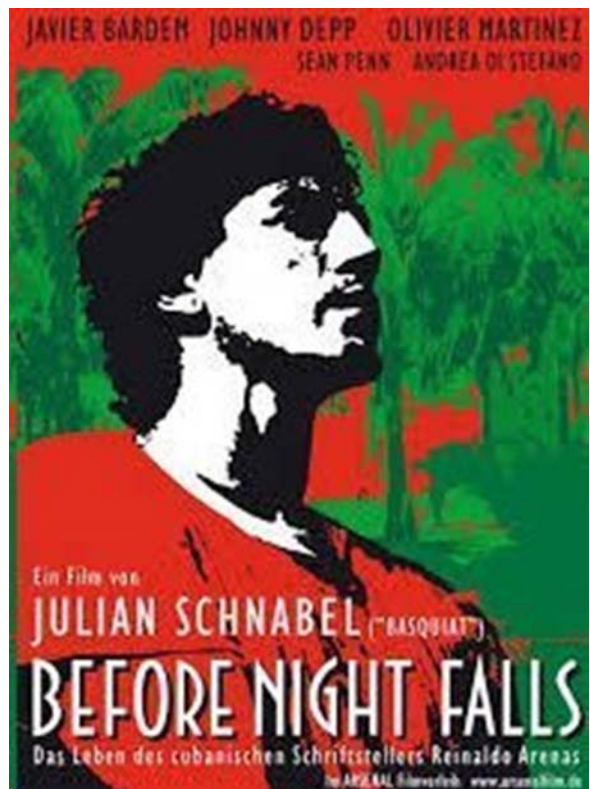
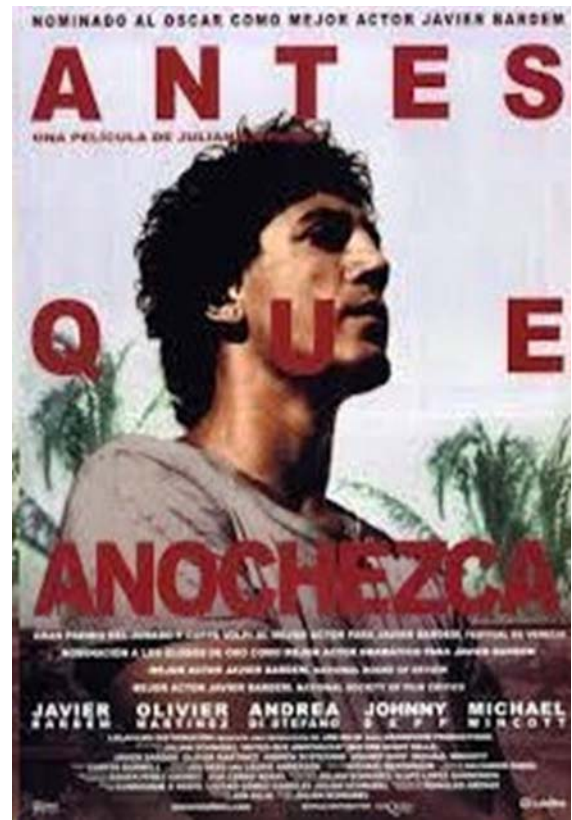


«Los dictadores (...) ofrecen al visitante una imagen a veces idílica de sus países. En consecuencia, **Conducta impropia** habrá podido describir la represión en Cuba precisamente porque no ha sido filmada en Cuba. (...) El énfasis puesto en el tema de la persecución de los homosexuales en nuestra película puede servir, por lo absurda y gratuita, como metáfora de la supresión general de las libertades cívicas»

Néstor Almendros

**Orlando Jiménez-Leal** (La Habana, 1941). Cuando era casi un adolescente provocó una crisis político-cultural por la censura de corto **P.M.** Junto a Néstor Almendros ha realizado **Conducta Impropia** (Gran Prix del Festival de Estrasburgo, Mejor documental del Festival de Cine de Barcelona y Mejor documental del año en el Festival de Cine de Londres). Director del largometraje de ficción **El Súper** (Gran Premio del Festival de Cine de Mannheim, Alemania y Premio de la Association Francaise des Cinemas d'Art et d'Essai de París). Ha realizado para la Televisión Italiana los documentales **La Otra Cuba** y **8-A**.

## REINALDO ARENAS. LA PELÍCULA DE SCHNABEL



# Manuel Díaz Martínez

## El grito del desterrado

Václav Havel dijo que el totalitarismo no puede ser descrito, que para saber lo que es hay que vivirlo. En sus memorias, publicadas bajo el título de *Antes que anochezca*, Reinaldo Arenas, que sintió el látigo del totalitarismo en su carne -como homosexual y como intelectual disidente-, nos dice, añadiendo al aserto de Havel la amargura de su propia experiencia: "...nosotros los cubanos, los que sufrimos por veinte años aquella persecución, aquel mundo terrible, somos personas que no podemos encontrar sosiego en ningún lugar; el sufrimiento nos marcó para siempre y sólo con las personas que han padecido lo mismo, tal vez podemos encontrar cierta comunicación [...] La inmensa mayoría de la humanidad no nos entiende y no podemos tampoco pedirle que nos entienda; tiene sus propios terrores y no puede, realmente,

comprender los nuestros, aun cuando quisiera, mucho menos compartirlos".

Sin embargo, Reinaldo, condenado por el SIDA, quiso hacer un último esfuerzo para "encontrar cierta comunicación" con la humanidad respecto del drama que vive nuestra nación. El fruto de ese esfuerzo es *Antes que anochezca*, libro redactado a contrarreloj, con la muerte aguardando, cada vez más impaciente, en la antesala.

El sobrehumano esfuerzo de Reinaldo Arenas para abrir otra brecha en el muro de la incomprensión o la indiferencia que, fuera de la isla, todavía impide que se vea en su totalidad la crisis cubana, implicó la búsqueda de un recurso expresivo que le permitiera transmitir, más que hechos e ideas, la aberrante atmósfera de miedo, de humillaciones y de frustraciones individuales y colectivas que por veinte años respiró en Cuba, y el pertinaz desasosiego del desarraigo que, desde su rocambolesca salida de la isla en 1980, soportó durante diez años de exilio. El recurso hallado consistió en una combinación de autobiografía y novela. En sus memorias, Reinaldo suele acentuar el relieve de los sucesos y oscurecer violentamente los rasgos más dramáticos o grotescos de situaciones y personajes mediante la incorporación de ficciones mordaces.

*Antes que anochezca* es un texto feroz, producto de la franqueza de un hombre muy zarandeado por la vida y que, ante la inminencia de su muerte, obvia todo posible

Armando Gómez

límite a la expresión de sus verdades, sus fobias y sus filias; es un testimonio infiel -por lo que hay en él de desmesura- donde conviven el drama y la picaresca, machiembrados en una prosa en que las pretensiones estilísticas, si las hubo, han sido relegadas por la urgencia, pero cuya efectividad es, por momentos, arrasadora.

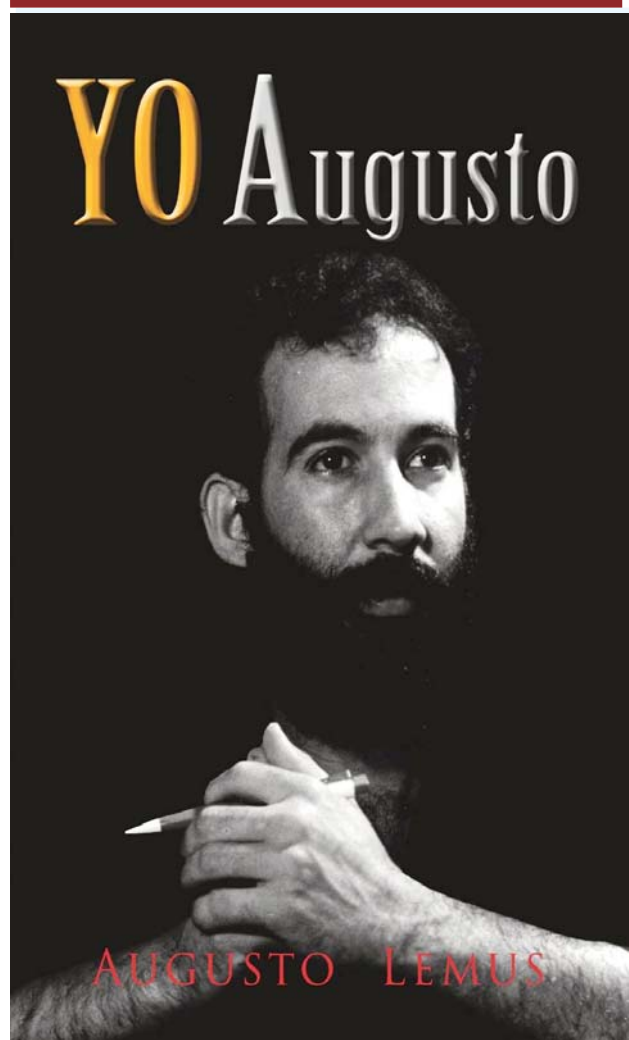
Reinaldo y yo nos conocimos cuando él comenzó a trabajar en la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), institución que entonces presidía Nicolás Guillén. Nuestras mesas de trabajo, en la redacción de *La Gaceta de Cuba*, estaban juntas. Yo era entonces un apestado, como después lo sería él. Se me había condenado al silencio por haberle dado mi voto, como jurado del premio UNEAC de poesía 1968, al libro *Fuera del juego*, de Heberto Padilla. Los incordios de Reinaldo comenzaron, o se agravaron, a partir de la publicación de su novela *El mundo alucinante*. Fui uno de



los primeros en leerla cuando aún él la retocaba.

Un día Reinaldo desapareció de la UNEAC, y comenzó a circular la especie de que había sido encausado bajo la acusación de haber cometido violencia sexual en unos adolescentes en una playa próxima a La Habana. Algún tiempo después me dijeron que mi ex compañero de trabajo -ya expulsado de la UNEAC- vivía, en reclusión casi absoluta y escribiendo novelas que sacaba subrepticamente de Cuba y publicaba en el exterior -cultivando de esta manera un odio africano contra su persona en los círculos oficiales-, en un espeluznante edificio de la calle Monserrate, en La Habana Vieja. Allí fui a visitarlo una tarde en compañía del poeta David Chericián. Cuando tocábamos a su puerta, una vecina nos informó de que Reinaldo faltaba de su cuarto hacía días. La siguiente noticia que tuve de él fue la de su salida de Cuba durante la estampida de cubanos por el puerto de Mariel en 1980.

Lo notable es que tuvieron que pasar años para enterarme, por las páginas de *Antes que anochezca* -que leí en mi exilio de Cádiz-, de lo sucedido a Reinaldo en aquellos días. Sospecho que, entre sus amigos de entonces, somos mayoría los que no lo sabíamos. Para mí fue una sorpresa su odisea como prófugo de la policía política en



el Parque Lenin y como presidiario en cárceles habaneras. Esto prueba que las condiciones de incomunicación y desinformación que crea un régimen totalitario son tales, que en él una persona de nuestro círculo de amigos puede desaparecer en las tinieblas de una mazmorra mientras imaginamos que se ha apartado voluntariamente del mundanal ruido para dedicarse a escribir en paz u otra cosa así. Desde luego, eso sucedía entonces. Ya no: hoy tenemos demasiada experiencia vivida para ser tan confiados.

**Manuel Díaz Martínez** (Cuba, 1936). Poeta y periodista. Entre sus libros de poemas figuran *El País de Ofelia* (1965), *La tierra de Saúd* (1966), *Vivir es eso* (1967), *Paso a nivel* (2005) y *Objetos personales. Poesía completa* (2011). Es autor del libro de memorias *Sólo un leve rasguño en la solapa* (2002) y del libro de ensayos y artículos *Oficio de opinar* (2008). Reside en Las Palmas de Gran Canaria, España.

[www.ilastamps.com](http://www.ilastamps.com)  
**Filatelia  
Cubana e  
Internacional**



# Nancy Pérez-Crespo

## Reinaldo Arenas por siempre



Foto #1

Reinaldo me dejó muchas memorias. Como era y quien era, tenía que dejarlas y aunque fueron tan solo 10 años que tuve el privilegio de su amistad, tal fue su huella, que raro es el día que en casa no lo recordemos, para bien o también algunas veces, para mal. Es su fantasma que regresa constante y alguna travesura, de la muchas que acostumbraba, nos hace.

Decidió irse para siempre ya hace 25 años pero su presencia no se agota. Ya sea que releo uno de sus libros o tropiezo con su imagen que retoza y hasta se quiere salir del marco que descansa en el *bombé* de la sala, porque allí donde están los retratos de la familia está él junto al de su gato Tony.

### La tía Osaida

Esa foto con su marco me lo trajo su tía Osaida Fuentes. Y es la tía Osaida, lo mejor que heredé de Reinaldo o Reni (como ella lo llamaba), porque cuando nos visita y lo evoca, lo hace de tal manera, con tanta ternura, que lo purifica, lo ennoblece.

Fueron Osaida (hermana de Onelia, la madre de Reinaldo) y su esposo Florentino Estrada, quienes lo recibieron en mayo del 80 al llegar a Cayo Hueso en el camaronero *San Lázaro*, comenzando el puente marítimo del Mariel.

En esa época el matrimonio Estrada-Fuentes vivía

en Hialeah y a Hialeah fue a vivir uno de los más importantes escritores de su tiempo.

También fueron ellos los que acudieron al llamado de la policía de Nueva York como sus familiares más cercanos.

### La librería en Hialeah

Fue Reinaldo quien nos insistió y estimuló la idea de abrir una librería en Hialeah porque al llegar al pueblo no encontró libros en español y eso lo alteró mucho, pensando en tantos cubanos que estaban llegando y no sabían inglés.

Hacía años que teníamos la Librería SIBI de Bird Rd., donde celebrábamos todos los viernes las famosas Peñas Literarias. A ellas venía él con frecuencia y leía sus textos, poemas y algún que otro soneto satírico. Recuerdo un viernes que leyó completa su obra poética *El Central*. Fue una noche extraordinaria, de esas que se quedan para siempre.

### Un patio convertido en teatro



Foto #2

Algo que recuerdo muy nítido fue el estreno de *Traidor*, un texto que escribió en Cuba y se lo había incautado la policía y que acababa de reescribir. Me propuso hacer una lectura de la obra en un improvisado escenario que montaron en el patio de la casa y muy animado me dijo que tenía que ser precisamente el día primero de enero (era el año 81). Se trataba de que él quería darle una respuesta patriótica a la fiesta que Miguel González Pando ofrecía ese mismo día, y que Reinaldo interpretaba, como la celebración, en pleno exilio, del triunfo del castrismo.

La puesta en el improvisado teatro al aire libre de la obra *Traidor* fue dirigida por el gran Dumé y la leyeron-actuaron el genial René Ariza y el propio Arenas. Fue todo



un acontecimiento, nuestro patio se abarrotó de un público muy selecto y entusiasta, y Reinaldo quedó feliz.

Hoy miro con nostalgia las fotos de ese día y veo a René y a Reinaldo dando lo mejor de ellos en la actuación. Veo con tristeza a tantos amigos que ya no están y también descubro los rostros desconcertados aún de los «Marielitos» que esa noche inolvidable nos acompañaron.

### ***Ancianitas «horrorizadas»***

Cuando inauguramos la Librería de Hialeah, también allí se dieron grandes reuniones en las que Reinaldo fue el protagonista. No olvido la presentación de su libro *Otra vez el mar*, donde hubo un momento cuando Reinaldo comenzó a leer un pasaje del libro, que tres ancianitas del barrio, que siempre asistían a las actividades, comenzaron a levantarse «horrorizadas» de lo que oían. Allí le rendimos un merecido homenaje — que él ayudó a organizar— para su querida amiga Lydia Cabrera. También hizo varias lecturas, una de ellas de poesía, junto a Eugenio Florit.

### ***El Inmundo***

Vivía en New York, cuando viajaba a Miami, algunas veces, se hospedaba en nuestra casa y como era un lector infatigable, devoraba la biblioteca. Una mañana, muy temprano, se topó con el libro de Heberto Padilla *En mi jardín pastan los héroes* (1981), y descubrió que en la novela Heberto camuflajea el nombre de Edmundo Desnoes bajo el seudónimo de *El Inmundo*, y lo describe como agente de la Seguridad del Estado de Cuba. No puedo expresar aquí toda la alegría y felicidad que mi huésped manifestó con ese hallazgo, porque desde Cuba ya Reinaldo traía ojeriza contra Desnoes a quien culpaba de una requisa policial donde lo despojaron, entre otras cosas, de uno de sus libros.

Vengativo como era, unos años después, escribí el ensayo *Los dispositivos hacia el norte*, en el que arrasa, párrafo por párrafo, con Edmundo Desnoes y su libro *Los dispositivos en la flor*, una servil apología al régimen que había torturado y encarcelado a Reinaldo.

### ***El Exilio de Miami***

La presentación de su noveleta *La vieja Rosa* y la despedida que le dimos al mudarse a Nueva York fue una calurosa demostración de respeto y admiración, en la que participaron más de 200 cubanos, que representaban los más importantes sectores sociales, económicos y culturales de nuestro exilio. Fue este uno de los homenajes más simbólicos que recibiera un escritor llegado de la Isla y que por supuesto, desmiente los comentarios de algunos mal intencionados que divulgaron que Reinaldo se mudaba a New York porque era rechazado por el Exilio de Miami. Una infamia.

### ***Persona Non-GATA***

Nunca olvido que en 1982 los estudiantes cubanos de la Universidad de Gainesville lavaron carros durante seis



Foto #3



Foto #4

finés de semanas y reunir el dinero para que Reinaldo diera una conferencia en la Universidad porque la administración se había negado a invitarlo. Las doctoras Lillian Bertot, Alicia Rodríguez y yo viajamos por carro desde Miami y participamos en la jornada literaria que habían organizado. No puedo olvidar la cara de disgusto de Emilio Vigil (creo que así se llamaba ese profesor castrista), quien detestaba a Reinaldo, pero desde luego, el sentimiento era mutuo.

Durante esa jornada y ya como despedida, esa noche la bibliotecaria Rosa Mesa —una encantadora dama cubana—, nos ofreció una cena en su casa.

A una alumna (Marcela Noriega) le habían descubierto un gatico en la habitación y le dieron el ultimátum que debía de sacarlo. Al enterarse ella de que estábamos cenando en la casa de Rosa Mesa nos trajo el gato para que lo adoptáramos.

Fue Reinaldo quien de inmediato se hizo cargo del gatico que era una bolita blanca y dijo que como lo habían declarado Persona Non-GATA, él lo adoptaba. Aunque nunca se lo llevó para New York siempre que venía a Miami lo buscaba y reclamaba su gato. Tony (que así se llamaba)

vivió siempre con nosotros. Murió en 2002, tenía 20 años.

### *Un patriota de su tiempo*



Son estos algunos de los muchos momentos de mis recuerdos de Reinaldo y afortunadamente, de casi todos tengo fotos y videos, pero en estas cuatro cuartillas ya no caben más.

A él lo retengo como un amigo al que quise y aprecié mucho, porque aunque era difícil y contradictorio, siempre fue valiente y audaz. Tierno y áspero a la vez, tenía un sentido del humor incomparable (me hacía reír mucho), pero ese humor iba siempre acompañado de su eterna acides corrosiva que algunas veces llegaba hasta el sarcasmo.

Pero lo que sí fue un hombre que amaba —por sobre todas las cosas— la libertad y como consecuencia odiaba, ferozmente, a quienes se la conculcaron.

Su activismo anticastrista, por el que tan alto costo hubo de pagar, no lo abandonó ni siquiera cuando ya estaba enfermo. Recuerdo el sacrificio que hizo para venir a Miami a protestar la presencia de «académicos-policías» cubanos en el Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) en el Otoño de 1989.

A pesar de las represalias no pudieron callarlo. Si infatigable fue escribiendo su obra, también lo fue con su denuncia contra la dictadura castrista.

Fue Reinaldo Arenas una gran escritor pero también fue un patriota de su tiempo.

### **Pie de fotos (© Nancy Pérez-Crespo)**

Foto # 1: Reinaldo, la noche que leyó *El Central* en la Peña Literaria de la Librería SIBI.

Foto # 2: Reinaldo en plena lectura-actuación de su obra *Traidor*, en el improvisado escenario en el patio del matrimonio Pérez-Crespo. Las hojas caían en la hierba a medida que terminaba la lectura.

Foto # 3: Homenaje a Lydia Cabrera en la Librería y Galería de Arte Fidelio Ponce. De izq. a der. Enrique Labrador Ruiz, Nancy Pérez-Crespo, Vivian Álvarez-Mena, Víctor Gómez, Lidia Cabrera y Reinaldo Arenas.

Foto # 4: Algunos de los asistentes al homenaje a Lydia Cabrera. De izq. a der. Arturo Rodríguez, Carlos Verdecia Jr., Edelmira Polanco, Reinaldo Arenas, Leonardo Fernández-Marcané, Nancy

Pérez-Crespo, Reinaldo García Ramos, George Childs y Adolfo Leyva.

Foto # 5: Cena en honor de Reinaldo Arenas en ocasión del II Congreso de Intelectuales disidentes, Columbia University. Restaurante La Habana del Este, New York City, septiembre de 1980. De izquierda a derecha: Reinaldo Arenas, Nancy Pérez-Crespo, Vicente Echerri, Fabian Pérez-Crespo, Liliam Bertot, Guillermo Martínez-Márquez y Alicia Rodríguez.

**Nancy Pérez Crespo.** Periodista y editora, exiliada en Estados Unidos, donde ha realizado una extensa labor cultural, al frente de la Editorial y Librería SIBI.

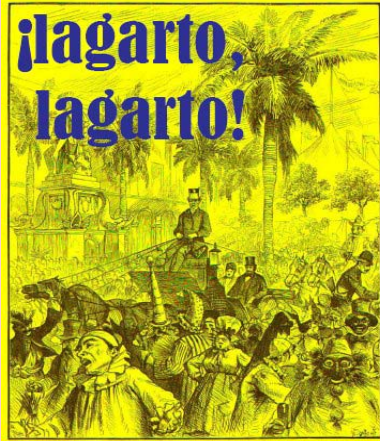
## OTRO ÉXITO DE ANA KIKA LÓPEZ



## El ojo de la IMAGINACIÓN Cuentos inesperados

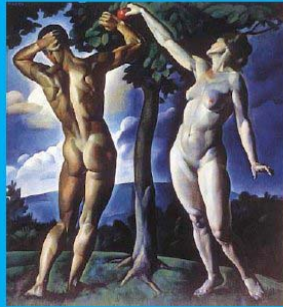
**Puede adquirirlo directamente de la aurora. CONTACTO: soykika@gmail.com**  
**Visite su web page: anakika.com para más información**

LOS LIBROS MÁS RECIENTES DE LINDEN LANE PRESS

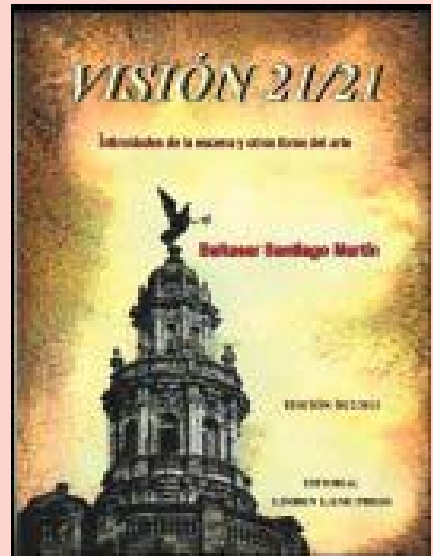


Linden Lane Press / *Belkis Cuza Malé*

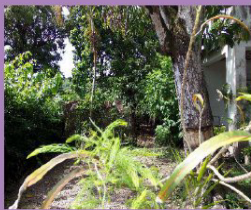
GUILLERMO ARANGO  
Ceremonias de  
amor y olvido



Linden Lane Press / Colección Poesía



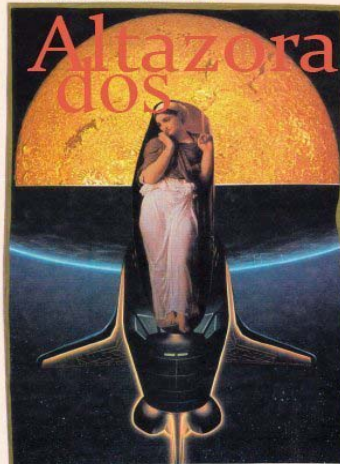
**Belkis Cuza Malé**  
**Jose Fournier**



**ERMITA**  
**Jazmín y melaza**

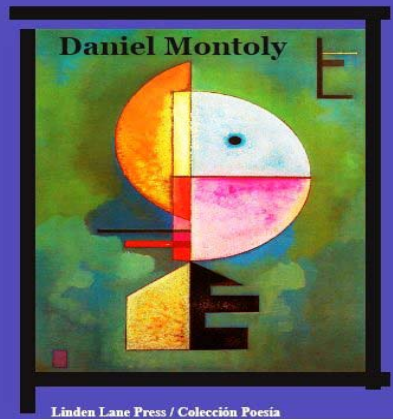
Linden Lane Press / Colección ALBUM

MAYA ISLAS



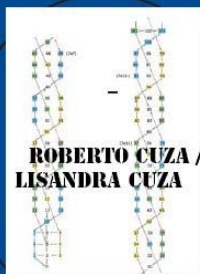
Linden Lane Press / Colección Poesía

**PAPELES ROBADOS AL  
MÁS ALLÁ**



Linden Lane Press / Colección Poesía

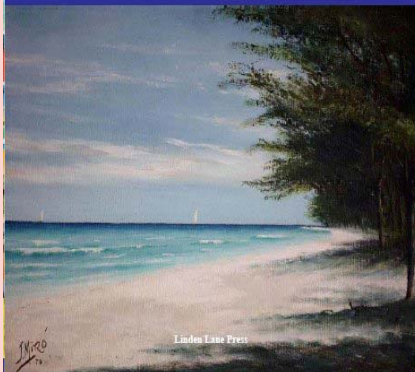
**SISTEMA DE LOS  
NÚMEROS ENTEROS  
Y DE LOS PRIMOS**



Linden Lane Press / Colección Ciencia

**VARADERO...**  
**nostalgia azul**

ALEJANDRO F. PASCUAL



Linden Lane Press

**Matías Montes Huidobro**  
**UN SALMO**  
**QUISIERA SER**



Linden Lane Press / Colección Poesía

# Luis de la Paz

## Con Reinaldo Arenas al salir de la prisión

Al salir de la cinemateca donde acababa de ver la conmovedora película francesa *Una ternura infinita*, de Pierre Jallaud, me encontré a Reinaldo Arenas que salía también impresionado del cine. Era un documento desgarrador, que mostraba las imágenes de un asilo para niños minusválidos, donde dos de ellos, imposibilitados de hablar, ni valerse por sí mismos, establecen una relación de dependencia. La muerte de uno de los niños y la desazón incontrolable del otro marcan el violento final.

El encuentro con Reinaldo fue muy emotivo, pues hacía casi dos años que no nos veíamos: él estaba en la cárcel del Morro, “una de las más sórdidas prisiones cubanas” según él mismo expresara. Estaba allí por rebelde y escritor, por anticastista y homosexual, de forma tal que el encuentro trascendía la habitual reunión de dos amigos que se tropiezan casualmente a la salida de un cine.

Me abrazó como diciendo: ya estoy de vuelta y listo para la lucha. Nos fuimos caminando rumbo al Almendares. Cruzamos el puente y bajamos la escalinata hasta encontrar un sitio tranquilo junto a la corriente del río. En lo alto del puente que apenas unos minutos antes habíamos cruzado, narrándome que su tía Orfelina no le permitía regresar al cuarto donde había vivido, se parapetó un hombre con espejuelos oscuros. Reinaldo comenzó a agitar su mano aspavientosamente mientras me decía “ese es el policía que me persigue a donde quiera que voy, lo saludo para que sepa que lo he descubierto, pero no lo mires mucho, es muy tímido”.

Narró algunas de sus experiencias en la cárcel, de su labor de “escribano”, haciendo “millares” de cartas para las mujeres de los reclusos (en él todo era hiperbólico), y me sorprendí al escucharle decir que “no había tenido sexo con nadie” en todo ese tiempo en la cárcel. Elaboró una explicación bastante convincente del porqué de su abstinencia sexual, y aunque me pareció difícil de creer, no lo dudaba del todo, pues si algo había demostrado Reinaldo Arenas a lo largo de su vida, era una entereza y una poderosísima resistencia física y mental ante las adversidades.

En la prisión del Morro, que tanto dolor y muerte encierran sus murallas desde la época de la colonia, y donde cumplió su condena, Reinaldo moldeó y memorizó una cantidad de trabalenguas, que pensó incorporar a lo que

denominaba *Primer libro de lecturas*, pero que luego intercaló en *El color del verano*. Eran burlescos juegos de palabras mofándose de las figuras de la cultura cubana y de sus enemigos; aunque algunos también resultaban homenajes a sus aliados. Esos trabalenguas le permitieron, con ese humor único y chispeante que siempre lo caracterizó, pues él era puro humor (a veces muy ácido, pero destilaba un humor que manejaba con elegancia), “sobrevivir”, en una de las más sombrías prisiones castristas. Humor lacerante y culto, inexplicablemente ausente en *Antes que anochezca* la película de Julian Schnabel basada en las memorias del escritor. Junto al río Almendares, recitó varios de los trabalenguas y yo reía a carcajadas.

Cuando comenzó a caer la tarde sobre la ciudad, volvimos a andar sus calles, hablando de proyectos literarios inalcanzables y de la siempre esperanzadora idea de



Reinaldo Arenas y Luis de la Paz.. Foto © Luis de la Paz

largarnos de aquel país. El policía nos seguía de cerca. Hicimos una larga y extenuante cola en una pizzería para comer. El perseguidor que no nos perdía pie ni pisada cometió un grave error, entró al baño. A toda prisa Reinaldo fue tras él, pero antes de partir me dijo: “ahora vuelvo, voy a ver si lo atrapo”. Tardaron bastante.

**Nota.** Este encuentro con Reinaldo tuvo lugar hacia 1976, lo recuerdo de esta manera, por lo que estas páginas son un testimonio de aquella jornada. Sin embargo, la anécdota la retomo literariamente en el relato Tardaron bastante, que aparece publicado en *Tiempo vencido* (Editorial Silueta, 2009).

**Luis de la Paz** (La Habana, 1956), escritor y periodista. Premio Museo Cubano de Ensayo y Premio Lydia Cabrera de Periodismo. Accésit del XX Premio Internacional de Poesía Luys Santamarina-Ciudad de Cieza 2015. Ha publicado, entre otros, los libros de relatos: *Un verano incesante* (1996), *El otro lado* (1999), *Tiempo vencido* (2009) y *Salir de casa* (2015).

# Daniel Fernández

## Dos fragmentos

**Dos fragmentos sobre Reinaldo Arenas en *Sakuntala la Mala* contra La Tétrica Mofeta. (En esa novela, Sakuntala la Mala es entrevistada por Daniel Fernández para aclarar ciertos aspectos sobre su persona-personaje. El personaje le habla al periodista sobre muchas experiencias similares o compartidas con Arenas en sus años juveniles).**

### I (pag. 140)

Siempre he sentido como que Reinaldo adornaba todo con sus delirios surrealistas, porque no podía enfrentarse sin esas armas a la realidad. Tildaba mis afanes literarios de decimonónicos, pero en realidad su llamado vanguardismo no lo era tanto. Había ya pasado más de medio siglo de surrealismo, sin contar los antecedentes de Sterne y de Lewis Carroll y de tantos otros que no quiero enumerar para no parecer más pedante de lo que posiblemente soy. Rey era del signo de Cáncer —como otros escritores que lo influyeron mucho, Proust, Kafka y Hemingway—, y como el cangrejo, tenía el caparazón duro, para ocultar su masa de blandura, su sensibilidad de niño. Se negaba a madurar, como Peter Pan (hay una loca en *El color del verano* que se llama así). Su Fray Servando también vuela por los aires habaneros y del mundo. Con ese caminar diagonal del cangrejo hacia Rey su denuncia envuelta en la hipérbole, y eso le restó fuerza, filo, punta. He creído siempre que ya que uno va a escribir, pues más vale decir las cosas por su nombre. Sobre todo, cuando hay tanto que decir. En Cuba, se justificaba que escribiera *El Mundo alucinante*, pero una vez fuera, ¿por qué persistir en el delirio carnavalesco?

—Era su estilo.

—Su máscara más bien. Yo creo que no se atrevía a enfrentar todo el horror y proclamarlo. Tenía que recurrir a las marionetas volanderas, los nombres altisonantes con los que ocultó para siempre las personas de carne y hueso que habíamos sufrido y llorado, y también a los culpables que nos habían hecho sufrir y llorar. Todavía hay quien recuerda las referencias de sus personajes, pero con el tiempo, nos iremos muriendo los que sabemos las claves y creo que tenemos no sólo el deber, sino el derecho de poner las cartas sobre la mesa, aunque esas cartas sean las de un castillo de naipes, y volvemos a Alice in Wonderland.

### II (pág. 91)

—Pues te decía que es muy sencillo entroncar todo eso con la Terra pinguis. Toda esa falolatría, esa singueta irrefrenable que Reinaldo y José Abreu tan bien reflejan, son los síntomas del magma que encierra la tierra cubana. En combustión constante, ahora la isla alcanza su mayor quema, su auto de fe, su cañaveral ardiente, donde la cultura se ha dividido para multiplicarse y donde el enfrentamiento a nuestras propias miserias puede ponernos en estado de

gracia, después de la combustión, claro. Cogemos candela como la Carlota Montero de Fermín Borges. Es el *Opus Nigrum* de los alquimistas. De la *Terra pinguis*, esos primitivos de la química derivaron el concepto del *Flageolum* o esencia combustible en cada materia que era achicharrada. Esta idea fue sostenida incluso por algunos químicos hasta el otro día. Ese *Flageolum* viene a ser el espíritu, el ba de los egipcios, y lo que queda es pura ceniza. En fin, una variante de la imagen polaca de la película “Cenizas y diamantes”. Ante la presión, la quema, algunos salen translúcidos y aunque perezcan en la hoguera, como Reinaldo, su legado es incombustible, *Terra lapida*, piedra filosofal, esencia de Abrecamino, la flor de la mariposa que flagela, limpia y es ofrenda para el día de la última eterna comunión. En la quemazón y la hoguera, aquéllos que sin *Flageolum* de altura, sin el oxígeno divino, perecen, no “salen al día”, como cenizas quedan, y con el tiempo, sus polvos se pierden en el viento. Cuba vive ahora su proceso de Terra pinguis en el que pocos, casi ninguno alcanza — como Reinaldo, a pesar de todo— el paso siguiente, el del ka egipcio, ascensional, elixírico, filosófico y permanente, hacia la *Terra lapida* del paladín eterno, cuyo sepulcro imaginario ostenta, bajo la luna, la estatua ejemplar, armada y yaciente... (Pausa) Para ya la grabadora, que creo que voy a echarme a llorar.

**Daniel Fernández** estudió en la Universidad de La Habana Licenciatura en Literatura Hispanoamericana y Cubana. En 1978 fue condenado por su novela inédita *La vida secreta de Truca Pérez* y su versión filmica, *El Golpe*, realizada con el director de cine Tomas Piard. En 1979 se le concede el indulto a su sanción de cuatro años, y desde ese año reside en Miami donde trabaja en El Nuevo Herald y como profesor de Redacción y Creación Literaria en el Miami Dade College. Ha publicado *Alquimia Magna*, *Sakuntala la Mala contra La Tétrica Mofeta* y otros. Ha recibido premios por su labor periodística, y en 2011, el Premio Baco “por su colaboración al desarrollo de las Artes Escénicas en Miami”.



Reinaldo Arenas y Ernesto Briel. Foto © Daniel Fernández 1982

# Oscar Rodríguez Orgallez

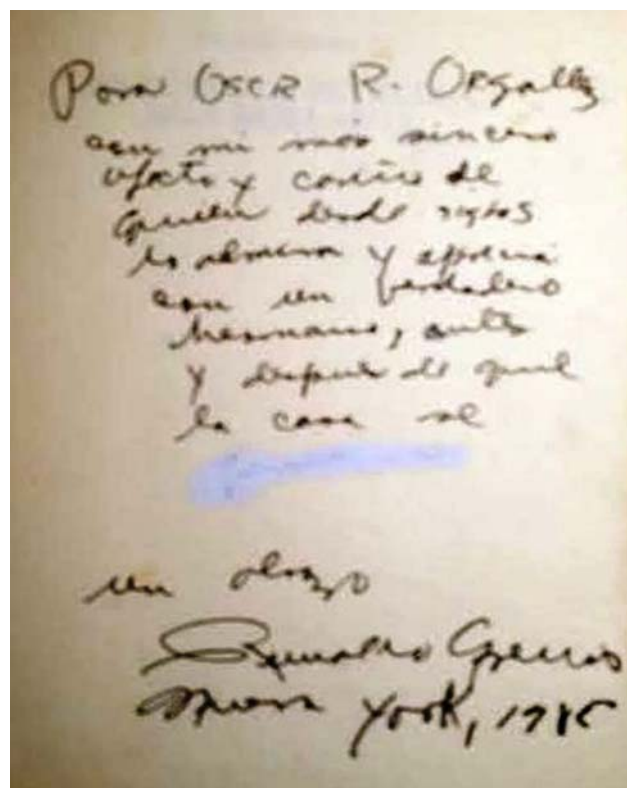
## Década del 60, La Habana, Biblioteca Nacional

Como una suerte de dragón mítico estaba Reinaldo devorando libros, uno tras otro. Transcurrían los años en que la “onda” literaria de los jóvenes de la generación del 60 y aspirantes a ser aprendices de intelectuales, era leer a Kafka y a Proust, a Joyce y a Baudelaire, a Sartre y a Breton...; quien no pudiera leer en francés las “*Fleurs du Mal*”, ni hablar de la *Metamorfosis* de Gregorio Samsa o ignorar la casa de Fortún y su biblioteca clandestina, “no estaba en nada”.

Reinaldo y yo nos conectamos enseguida y la amistad surgió en base al amor común por la literatura. Yo iba a la Biblioteca, en el sótano donde él trabajaba en la “Circulante”. y me reservaba libros: “Mira, Oscar, te recomiendo este autor, llegó ayer y te lo reservé”. Allí fue que conocí a Tomasito y a muchos otros amigos. Algunos ya no están pisando el planeta porque se han evaporizado e ido al éter..., otros quedaron en la isla que tiene forma de caimán y otros se fueron para aquí, para allá o para acullá... *chi lo sa?*

Mis vínculos con Reinaldo fueron mucho más íntimos e intensos de los que se saben, sin ninguna connotación sexual entre los dos; éramos amigos, confidentes de aventuras y forjadores de sueños. Coincidimos en muchas partes, situaciones y accidentes de la vida. En el Instituto del Libro del Vedado cuando Reinaldo trabajaba para la sección de Arte y Literatura y yo para la editorial de Ciencia y Técnica. Nos tocó cortar caña cuando era el deporte nacional; compartir las tardes del “Patricio Lumumba”, y cuando me mudé a la calle H entre 13 y 15, a dos cuerdas de la UNEAC, vernos diariamente; traía café o té, hablábamos de nuestras cosas, y él se reía mucho cuando leía mis notas tomadas en el campo en medio de aventuras surrealistas. O me traía algún escrito en alemán para que se lo tradujera y se divertía mucho al escucharme pronunciar la lengua de Goethe y de Mann, de Kant y de Beethoven.

Cuando necesitó un enfermero que le inyectara ahí estaba yo; cuando necesitó un par de zapatos “tenis” viejos para ir a Soroa con una pareja de amigos míos, me los consiguió. Cuando quería ir a verle a su apartamento del Hotel Montserrat teníamos un código secreto. Nos decíamos “Oscar, se te quema la casa”. La frase no era gratuita. Había surgido una vez cuando fue a mi casita de la Calle Hache y me estaba bañando, había un corto circuito afuera y humo, pero yo ni cuenta me daba pues estaba en la ducha. Reinaldo tocaba una y otra vez a la puerta, pero no le oía; entonces se asomó por la ventana y gritó “¡Oscar, se te quema la casa!”. Me envolví en una toalla, abrí la puerta y ahí afuera está Reinaldo en medio del humo junto a la mata de mango que existía – aún existe– frente a mi cuarto.



La contraseña “¡Oscar, se te quema la casa!” es la que usaríamos cuando Reinaldo vivía en Nueva York y le llamaba por teléfono. Como no era la época de los “ID callers” ni los teléfonos “inteligentes” –que de inteligencia tienen muy poco pues embrutece a quienes viven pegados a ellos– le llamaba, él descolgaba, pero no respondía, entonces le decía “¡Oscar, se te quema la casa!, con ese acento tan peculiar de Reinaldo que me causaba tanta gracia y ahí hablábamos. Cuando me dedicó “Arturo la estrella más brillante” en la primera página recordó esa anécdota... “para mi amigo Oscar, a través de los siglos aún y antes que la casa se quemara”... y para subrayar el hecho, con su chispa única ocultó la palabra quemara con un pincel blanco, tengo guardado ese libro como un tesoro de amistad.

Cuando venía a Miami en sus fugaces visitas y nos veíamos, salíamos a pasear y me confesaba: “contigo puedo ser yo, porque la gente ahora se me acerca para enseñarme libros, decirme lo que están escribiendo, y muchas cosas realmente que no me interesan. Contigo puedo hablar lo que me dé la gana y estar lejos del barullo literario”.

Sé muchos secretos de Reinaldo que me llevaré a la tumba. No tengo ningún derecho a revelarlos y me enorgullece haber sido un amigo, un confidente, y un compañero de aventuras que muchos ni siquiera sospechan.

Hoy muchos se jactan de conocerle, de haber compartido con el guajiro que cambió la faz de la literatura cubana y la percepción de la realidad homosexual y política en uno de los momentos más difíciles de nuestra juventud cuando nadie sabía nada de nada, dónde íbamos, qué era aquello, para qué hacíamos lo que nos decían que hiciéramos, por qué nos subíamos en camiones para ir a sembrar café o cortar caña, por qué lo que era bueno por la mañana era malo por la tarde ¡cuando nadie escuchaba!... Recuerdo una vez que Reinaldo me dijo que Ionescu le había dicho –no sé si sería real o un producto de su imaginación única: “me voy de Cuba porque Cuba es más absurda que mi teatro”. Y el autor de *La soprano calva* y Reinaldo Arenas se convirtieron en

todo un símbolo de lo que durante años fue para nosotros la vida en Cuba, nuestra juventud, el trapiche de nuestros sueños, el guarapo de un azúcar que nunca llegaría al central porque se quedaría en medio del camino...

**Oscar Rodríguez Orgallez**, graduado de Profesor de Ciencias Biológicas en la Universidad de la Habana en 1968. Escritor, editor y traductor de alemán e inglés durante muchos años de la revista Nueva Técnica, del Instituto Cubano del Libro. Desde el año 2000 está a cargo de la página de Univision Horóscopos. Obras publicadas: *Germancito y la Cueva*, *la Canción de los Marieles*, entre otras.

## La revista **Caritate** y la Fundación **APOGEO** se unen al homenaje de Linden Lane Magazine a Reinaldo Arenas



La Fundación APOGEO es una organización sin ánimo de lucro para el arte público, multimedia y multicultural.

FUNDACIÓN  
APOGEO   
ARTE PÚBLICO GLOBAL

Misión. Promover una mayor presencia del arte en los espacios públicos y en la vida social de las ciudades.

**Actividades.**

Talleres de pintura al fresco para niños, jóvenes,

artistas plásticos y personas de la tercera edad.

Exposiciones. Promoción de libros y autores.

Crítica literaria, artística, y teatral, incluida la danza y el ballet.

**Dirección postal:**

22121 SW 124 Ave.

Miami, FL 33170.

**Teléfono:**

786 390 5855

# Héctor Santiago

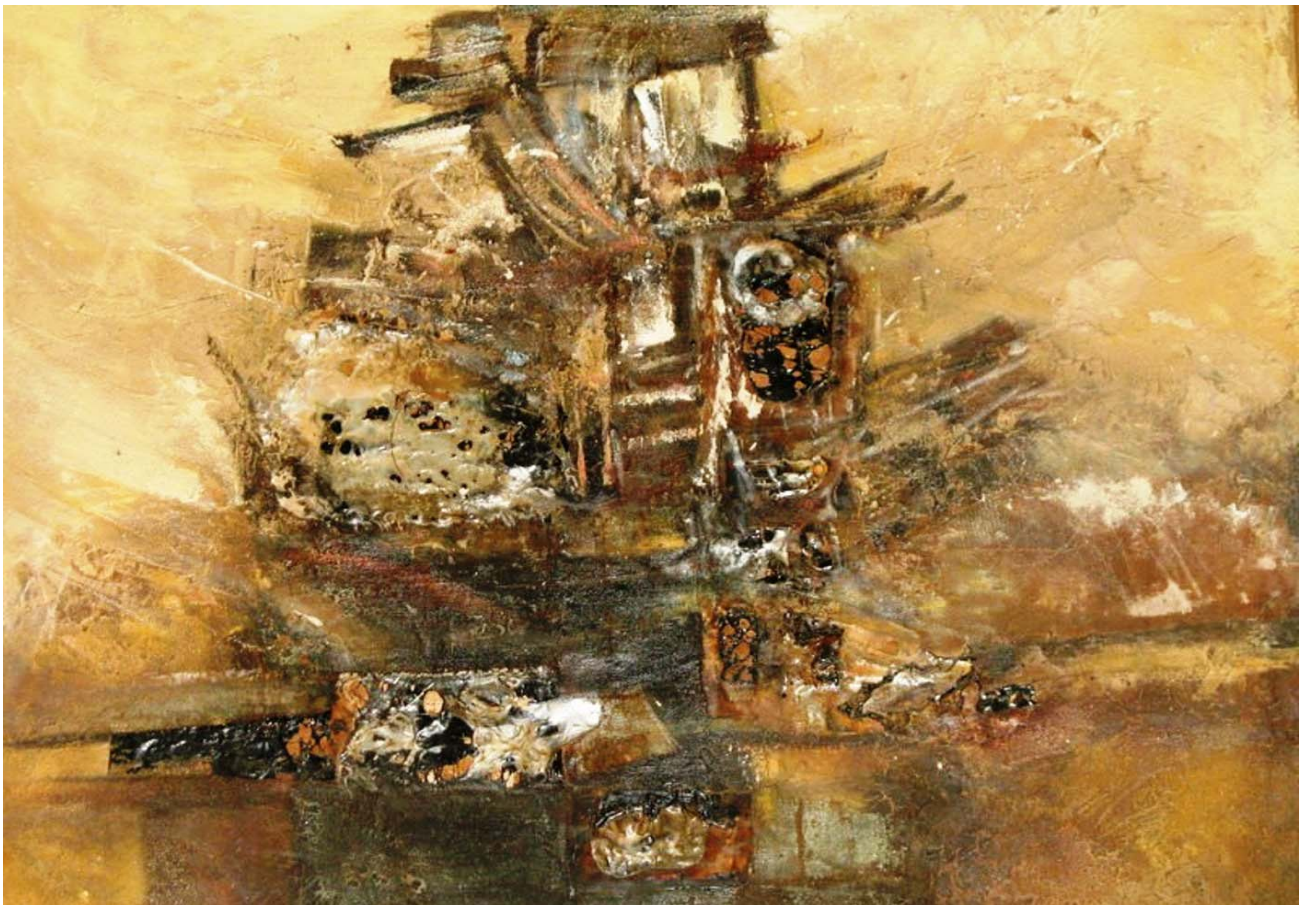
## REINALDO ARENAS, LAS CUCARACHAS Y YO

Como escribano interesado en la Historia, siempre me he acercado a figuras como Sor Juana Inés de la Cruz, Julia de Burgos, Concha Urquiza, Gertrudis Gómez de Avellaneda, José Martí y otros, de los cuales el mito, la distancia histórica, los intereses religiosos, el orgullo nacional y los distintos ángulos con que los han mirado, han creado no una figura monolítica si no tantas como interpretaciones e intereses existan. Eso sucede con todos los Reinaldos Arenas que han sido para tantos; para enemigos, detractores, amigos y los que al no conocerlo tratan de reinterpretarlo. En verdad nadie es unidimensional, pues lo que damos a unos quitamos a otros, dejamos entrar a quien pensamos se lo ha ganado y dejamos fuera a los que desdennamos, amamos a unos y odiamos a otros. Quizás estos polarismos forman mucho de la psiquis del cubano; caja de Pandora para tantos. En una reunión he oído hablar de tantos Reinaldos Arenas que a veces he creído que en realidad no lo conocí nunca. Puede ser esto también característica de los escritores cubanos; pues así me parece haber conocido a distintos Guillenes, Carpentieres, Lezamas, Virgilio Piñeras, Gastones Baqueros y otros, que solían cada vez sacar de sus juegos diarios una faceta nueva.

Y queda la posibilidad de que sea un elemento común en el paradiso de las grandes locas escritores, que como un ciclón han hecho valer su peculiar visión homosexual desde que comenzaron a brillar sin recato en las letras cubanas desde la década del 40 hasta hoy.

Está Reinaldo Arenas el escritor que ya tantos estudios al fin comienza a generar tras un largo periodo de ostracismo académico por consideraciones políticas; está el público disidente que tantos silencios y ataques le costó en vida; está la loca desenfada y quevediana que le pone los pelos de punta a los moralistas del exilio; está el difamador que con tal de hacer valer su punto de vista torcía la verdad para hacerla su verdad; estaba el jocosos cubano de lengua diestra y barroca, el excelente estudioso de nuestra literatura, el amigo fiel, el indomable amante de la libertad, el adolorido exiliado, el que hablaba sin antes pensar en las consecuencias; la loca que nada respetaba pues a él nada le habían respetado; el aterrado enfermo de SIDA enfrentado a su mortalidad; el que en el sexo se reafirmaba y combatía la hipocresía de los machos en su cama hoy y mañana tirándole la piedra; el que tenía una visión muy personal de la religión -creo que fuertemente influenciada por el ateísmo de Virgilio Piñera y el saber que el Dios oficial lo rechazaba; estaba el cubano que contaba angustiado los días del exilio, el que anduvo entre rencores y ácidos al saberse marcado por la muerte y usó eso como licencia para empuñar el látigo, ahora el de la película de Schnabel, y estaba... el

*Armando Gómez: Mares de fuga*





que cada uno creía que era.

De todos éstos yo pudiera hablar un poco, pero entonces dejaría a tantos sin poder hacerlo también. Juntos compartimos lo que llamaba el Infierno: la estancia en Cuba, me perdí el Purgatorio: Miami, recuperamos el tiempo perdido en el ganado Limbo: New York, y por último -si como dicen los católicos que el sufrir vale un punto- vivimos en carne propia la plaga que definitivamente le concedió el Paraíso. Con un hombre con tantas facetas como una preciosa gema es bien difícil escoger de cuál de ellas se va a hablar, aunque al final yo prefiero recordar al ser humano que corre el peligro de ser enmascarado por el mito. De todo lo que pudiera contar voy a escoger sólo un incidente cotidiano que compartimos en el Infierno, y que recordamos muchos años después en su apartamento a escasos bloques del mío en New York, cuando le presté un libro -creo que "FINAL EXIT"- sobre la eutanasia y sus distintos métodos, en los momentos en que la plaga sólo significaba una horrible muerte, y finalmente con gran sentido del humor discutimos las pastillas de dormir con vodka y la final bolsa plástica en la cabeza que llamó: "Comprar un melón en el supermercado". Enmedio de ese cantinflesco estilo con que hablamos los

cubanos, no terminando un tema, interrumpiéndonos, pasando a otro, o retomándolo media hora después, no sé cómo resurgió aquella noche en la heladería Coppelia, cuando la policía irrumpió en uno de sus redadas persiguiendo a todos los que no conformaran la imagen revolucionaria-conservadora del Hombre Nuevo guevarista, en especial los jóvenes "apáticos" al Sistema - Léase pelos largos, pantalones estrechos, mini faldas, discos de los Beatles en mano- y por supuesto el objeto preferido del odio nacional: los homosexuales.

Una pobre loca que trabajaba en Coppelia remitido por el ministerio de Trabajo, pues había sido depurado de su cargo de maestro -para evitar que "contaminara" a sus alumnos-, y que nos conocía, se acercó muy discretamente a nuestra mesa donde saboreábamos un helado de fresa - sin chocolate- y nos anunció que el Administrador había recibido la noticia de la policía de que iban a "recoger" y había dado la orden a los empleados de que retrasaran el trabajo para que las colas fueran más largas y hubiera más "antisociales", además de poder parquear los carros policíacos en las cuatro calles que rodeaban a Coppelia: 23, 21, L y K, y los chóferes de los ómnibus que pasaban

## Margarita García

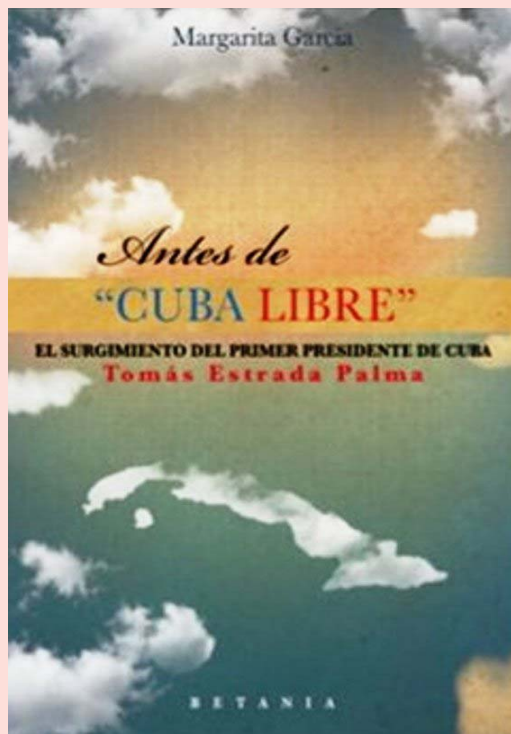
### Antes de "CUBA LIBRE"

El surgimiento del primer presidente de Cuba  
Tomás Estrada Palma

"Nos complace presentarle la edición digital e impresa del libro *Antes de "Cuba Libre"*. *El surgimiento del primer presidente de Cuba: Tomás Estrada Palma* (Betania, 2015) de la profesora Emérita cubana Margarita García (Universidad de Montclair) y residente en New Jersey, EE.UU."

Estas 200 páginas son el resultado de más de diez años de investigación, estudio y viajes donde la doctora García logra trazar, con mano certera, la brillante trayectoria de unos de los cubanos más ilustres pero también más olvidados de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Lectura que recomendamos encarecidamente, pues este magnífico trabajo nos brinda una realidad histórica que precisamente el castrismo quiso ocultar y hasta negar desde que se instauró el régimen de 1959.

200 pp., 2015. Colección ENSAYO.  
ISBN: 978-84-8017-359-9.



A la venta en [Amazon](http://www.amazon.com): [www.amazon.com](http://www.amazon.com)

por la zona -por miedo o con órdenes- no se detenían en esos sitios a recoger a nadie. Algunas veces los Jóvenes Comunistas de la Universidad de La Habana brindaban su apoyo para evitar que nadie escapara corriendo de la zona de seguridad, al igual que los milicianos de los estudios de televisión de la CMQ, donde más de un rostro ahora exiliado en Miami vi personalmente... pero que los juzgue el Diablo.

Cuando las “recogidas” comenzaron en la etapa “pre UMAP”, alguien se allegaba a uno y discretamente pedían que los acompañaran a un salón habilitado en Coppelia donde iban reteniendo la “carga” hasta la transportación y acusación por “ostentación pública” en las estaciones de Policía, pero ya una vez que se logró el consenso de la población para la guerra contra los “elementos antisociales”, se abrieron los campos de concentración de la UMAP, los actos de repudio en la Universidad y negarle el título de graduación a los acusados, las “depuraciones” en los trabajos y la “parametración” del movimiento cultural cubano, las “recogidas” cobraron su definitivo aspecto de brutalidad policiaca donde el régimen mostró abiertamente su carácter represivo sin tratar de enmascararlo: te paraban donde quiera a pedirte el carnet de identidad, la policía entraba en los teatros, esperaba a la salida de los cines, “peinaba” las playas de La Concha, Santa

María, Guanabo, el Paseo del Prado, el malecón y toda el área de La Rampa y los Portales del Louvre, se hicieron redadas masivas como la del hotel Capri donde cayeron presos más de mil personas que fueron enviadas sin delito alguno para las granjas de trabajo obligatorio, y todo eso acompañado de insultos, golpes, falsas acusaciones, juicios populares en plena calle, despidos de trabajos y el aplauso general de todos...

Tarde llegó la loca a anunciarnos el eminente aquelarre, o nos quedamos decididos a terminar el helado, no recuerdo, el caso fue que de pronto con criolla algarabía se oyeron gritos de: “¡Recogida!” “¡La policía!”; cayeron mesas al piso, volaron los helados, se empujaron a los empleados, se desbandaron las colas y por todas partes se veían cuerpos aterrados saltando, corriendo, buscando un escondite, seguidos por la policía, apoyados por la indiferencia de todos, algunos plausos y muchas risas. No recuerdo con la adrenalina en su punto y el terror cómo de pronto Reinaldo y yo nos vimos metiéndonos por un pasadizo entre una casa y el restaurant “La Carreta” en la esquina de K y 21, aplastando matas de un jardín, saltando verjas y saliendo a un patio lleno de alborotos de gallinas, maullidos de perros, gatos huyendo y una mulata anciana que salió a averiguar y se topó con nosotros. Años después Reinaldo y yo recordamos aquel momento en que

paralizados los tres nos mirábamos congelados, y tal sería el espanto de nuestros rostros, o sería la anciana ya “veterana” en esos incidentes viviendo frente a Coppelia, que sin decir palabra alguna nos señaló en la oscuridad, al final de su patio, una pequeña cerca que daba a un pasillo que bordeaba otra casa y salía casi a la esquina de 21 y J; ocasión que por supuesto no desperdiciamos y salimos corriendo como alma que lleva al barbudo, mientras detrás de nosotros se debilitaban los gritos, ruidos, insultos y risas.

Correr, escapar, era nuestra única meta, y no hubo obstáculo que lo impidiera, tirándonos delante del tráfico, empujando gentes, zigzagando, sin ni siquiera razonarlo, sólo por intuición poniendo la mayor distancia entre nosotros y la maldita Coppelia. Finalmente nos detuvimos en el parque “Gonzalo de Quesada” de la calle Calzada que quedaba a un costado del Lyceum y opuesto a la cafetería El Carmelo y la Misión Cubana ante la UNESCO y donde estaba la Fuente de Neptuno. En la esquina opuesta en la calle C, había una bodega en una vieja casa colonial con un portal completamente a oscuras y lleno de cajas. A toda prisa levantamos una muralla con aquellas cajas y nos escondimos detrás, sudorosos, tratando de retomar el aliento, prestos a ruidos, finalmente el pánico comenzó a dejar paso al cansancio, el terror moderado, y la pequeña ilusión de que quizás al menos por esa ocasión



*Gilberto Ruiz Val. "Miami", acuarela (2012)*

nos habíamos salvado: teníamos que esperar a que pasaran las horas y tratar de coger el ómnibus de la madrugada de la ruta 2 que nos acercara a Centro Habana y deslizándonos en la noche llegar a nuestras casas, o si no caminar por las oscuridades, matar el tiempo era lo esencial y sin hablar decidimos que nos salvara.

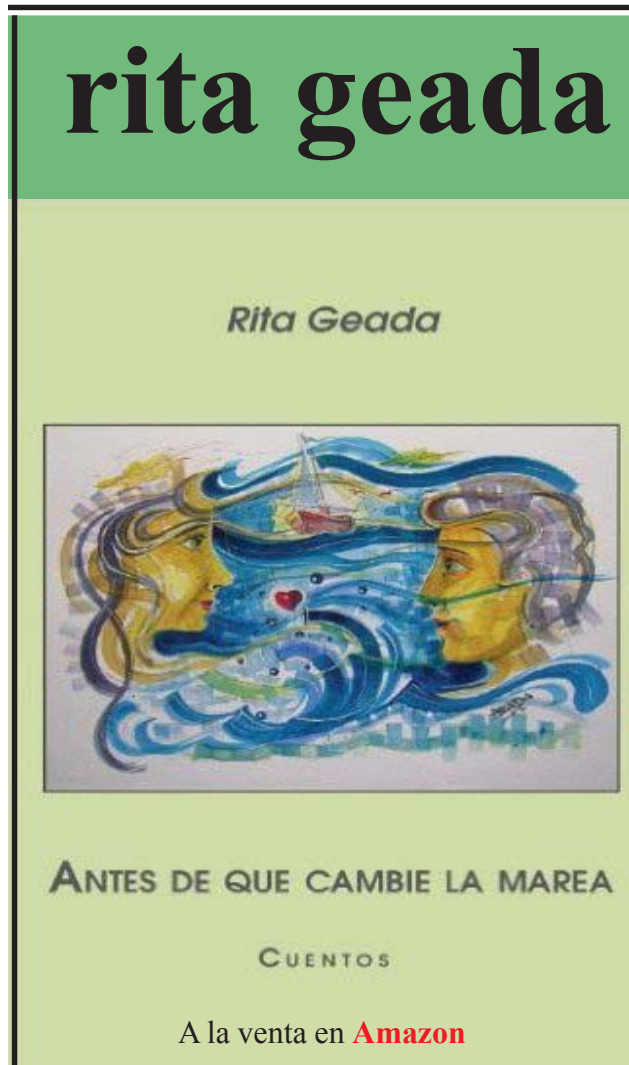
De pronto, cerca de nosotros, alumbrada por el reflejo de la luz del poste de la esquina, apareció una de aquellas gigantescas cucarachas cubanas, prietas, voladoras, que tanto asco han producido y aterrorizado a nuestras madres criollas. Con una mezcla de todo eso la miramos en suspenso, esperando a reaccionar cuando tuviéramos la certeza de su trayectoria, pero ni que la cucaracha fuera psíquica enfiló directo hacia nosotros. Aterrado me quité el zapato listo a volverla pulpa, calculando el tenerla bien cerca para darle el certero y mortal zapatazo, y ya cerca lo alcé... Entonces Reinaldo me detuvo el brazo, lo miré; con aquellos ojos profundos y gitanos que tenía, con una luz iluminadamente humana y tierna, viendo mi natural asombro, me dijo: “Nosotros somos como las cucarachas. También estamos sobreviviendo”. Eso nos lo había dicho alguien en la Playita 16 y yo lo había olvidado, pero en aquel contexto, con la humanidad que me lo dijo, yo sentí dentro de mí esa

iluminación que dice Buda a veces se nos regala, y en ese momento lo entendí todo; el proyecto de exterminarnos por ser distintos, el odio, la represión... y la también habilidad de sobrevivir a través de los siglos a todos los espantos y proclamar nuestro derecho a ser como somos... Bajé el zapato, Reinaldo me sonrió y la cucaracha sintiendo que el asco había dejado paso a la solidaridad del amor y el respeto por su cuerpo negruzco, cruzó entre nuestros pies y muy horonda se perdió en las tinieblas... Esa experiencia la compartí por primera vez fuera de nosotros cuando se la conté a Schnabel en los albores de preparar su película, y ahora la comparto con tantos. De ese incidente surgió hace poco una novela, pero no quiero hablar de mí... Quiero hablar del Reinaldo Arenas que esa noche me hizo comprender tantas cosas...

**Héctor Santiago** (La Habana, 1944). Escritor, dramaturgo, pintor y crítico. Premio Letras de Oro (1996), Primer Premio en el Concurso Internacional de Cuentos Enrique Labrador Ruiz (2007) y 2do. Accésit Concurso Internacional de Poesía Eugenio Florit (2007). Ha publicado y estrenado diversas piezas teatrales en Estados Unidos, México, Brasil y Paraguay. y la novela *La memoria del agua*



A la venta en [Amazon](#)



# Suzanne Jill Levine

Reinaldo Arenas. Foto Copyright © Lydia Rubio

## Con Reinaldo en Cayo Hueso

Entonces éramos jóvenes Lydia Rubio, Reinaldo y yo. Reinaldo, feliz de estar a salvo, recién salido de Cuba, nos acompañó durante aquellos dos o tres días de paseo a Key West (es decir, Cayo Hueso), que hicimos en el 80 o 81, creo que por la época de Navidad. Lydia y yo nos quedamos en la Terraza de Marti, o La Te Da, a *fashionable gay* hotel en ese pueblo hedónico donde había tolerancia de la diferencia, y, curiosamente, Reinaldo se hospedó en la Veranda de Carmen Miranda, una pensión más modesta, de mujeres, o sea, lésbica. Vueltas y más vueltas que daba la vida entonces.

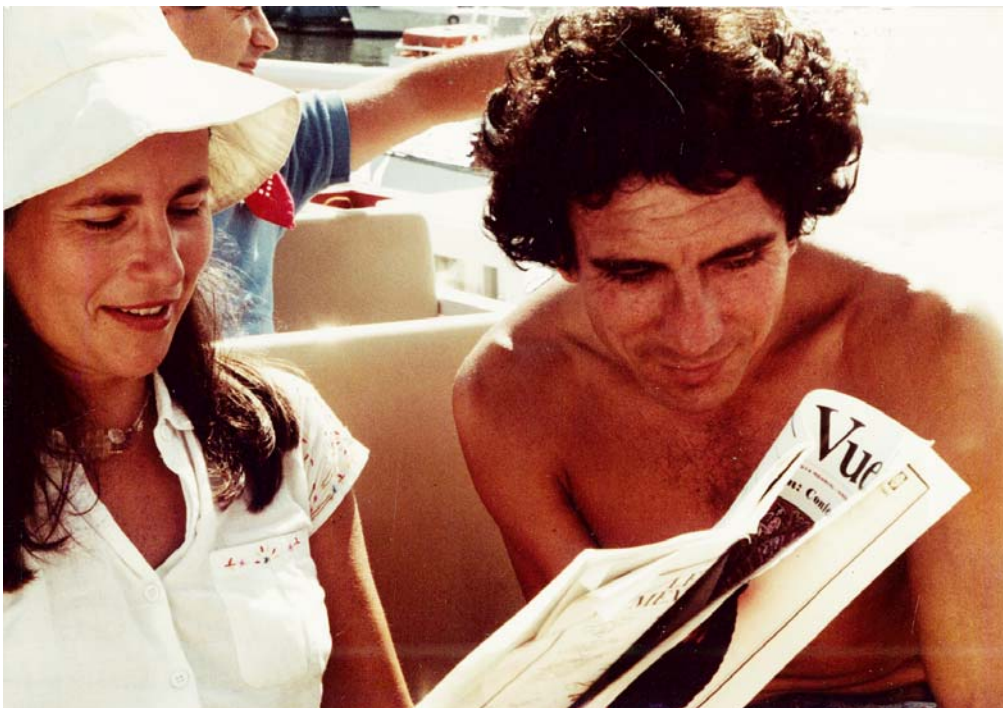
No recuerdo cómo decidimos ir juntos de paseo. Sé que Lydia y yo habíamos conocido a Reinaldo en Miami en una fiesta de artistas y escritores cubanos, y como las dos teníamos planeada ya una escapada a Cayo Hueso, y sabíamos que Reinaldo era recién llegado, lo invitamos y él se entusiasmó, y al otro día ya estábamos en camino hacia ese extremo de la Florida donde se lee un rótulo que dice “90 miles to Cuba.”

Reinaldo se entusiasmó en particular al saber que éramos amigas del crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, que, como siempre, con su gran astucia literaria, había apoyado y alabado la obra de Reinaldo desde el primer momento que descubrió a este brillante escritor.



El viaje en auto fue alegre, lleno de risas y cuentos, mientras gozábamos de la vista del mar y de la fauna de esa región tropical. Mis recuerdos son vagos, pero sí sé que disfrutamos los paseos por el pueblo y tomar fotos sobre la arena de la playa de Cayo Hueso. Felices de tener cuerpos jóvenes y ágiles y meternos en el mar y tirarnos sobre la

playa, con la gozosa tranquilidad de acostarnos sobre esa arena o nuestras toallas leyendo. Recuerdo claramente que Reinaldo leía un libro sobre la prosa inglesa de Herbert Read, y creo que yo un estudio sobre Proust, deseosa de entrar en los laberintos mentales de ese magnífico autor francés. En nuestras conversaciones abundaba el tema político sobre Cuba, pero sobre todo muchas referencias literarias, inspirados por la belleza del mar y la cercanía de las casas de Hemingway y Tennessee Williams, y ese balcón desde donde el legendario poeta José



Suzanne Jill Levine y Reinaldo Arenas en Key West. Foto Copyright © Lydia Rubio

Martí había dado un discurso a los exilados cubanos casi un



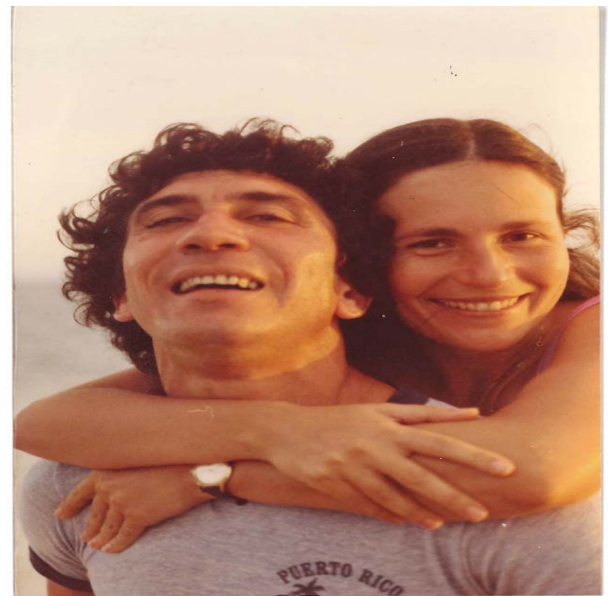
*Lydia Rubio y Suzanne Jill Levine. Foto © Lydia Rubio*



*Lydia Rubio y Reinaldo Arenas. Foto © Lydia Rubio*



*Suzanne Jill Levine y Reinaldo Arenas. Foto © Lydia Rubio*



*Reinaldo Arenas. Foto Copyright © Lydia Rubio*

siglo antes.

Así fue, un momento exquisito y especial, que ha quedado ahora salvado del olvido gracias a estas fotos de Lydia.

**Suzanne Jill Levine** ha traducido la obra de importantes escritores latinoamericanos, y es profesora y directora de los Estudios de Traducción del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Santa Bárbara, California. En 2012 participó en el homenaje a Alejandra Pizarnik, celebrado en París, con su ensayo "La traducción y la traición del feminismo: versiones de Alejandra Pizarnik".



# Julián Portal

## Reinaldo Arenas en el recuerdo

Mis anécdotas muy personales con Reinaldo Arenas representan pasajes de una amistad que comenzó en el año 1965, cuando el escritor Manuel Granados me lo presentó un día, entre junio y julio, en la UNEAC. Contaba yo por entonces 22 años, y era aún muy inexperto en el mundillo intelectual de aquellos años. Mi primera visita a esa institución, ocurriría a raíz de haber yo ganado el primer premio de cuentos, cuyo título, *El viejo Lao*, fue seleccionado en un certamen de carácter especial que la UNEAC auspiciaría “Sobre la Quinta Zafra del Pueblo”, como parte de los encendidos triunfalismos de las “avanzadas revolucionarias” de aquellos inicios.

Mis reuniones con el escritor fueron en realidad dispersas, pero vivaces. Nos comprometía comúnmente, en primer término, nuestro afán por la literatura, el desenfado de una juventud sin maniqueísmos, y la terrible certeza de nuestros miedos ancestrales que gravitaban sobre nuestras cabezas. Entre nosotros no primó más que una amistad decretada en esos intereses. Yo solía leerle algún que otro cuento o poema que hiciera y siempre me escuchó con respetuoso interés. Sus pareceres en todo momento fueron muy honestos, en los cuales validó con delicadeza mi talento.

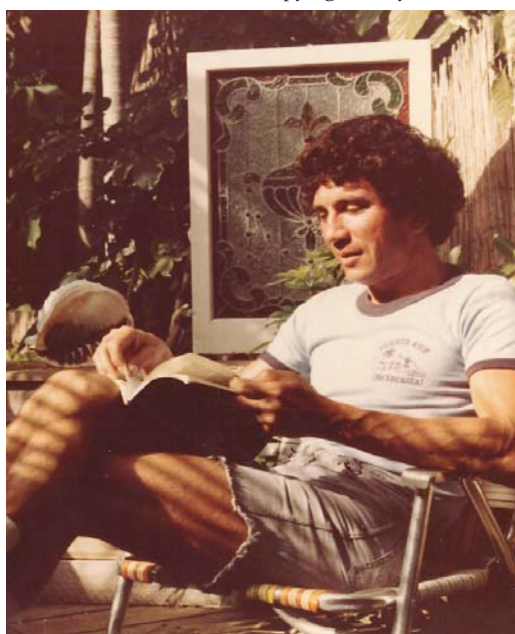
Por aquellos días, trabajaba él en su *Palacio de las blanquísimas mofetas*, y aún me honra, y siento una gratísima satisfacción, en haber conocido de primera fuente su lectura desde su propia voz. Escritos, que por lo demás, me parecieron laudables, no solo por su contenido, sino por su maestría. Poco después nos dejamos de ver por un tiempo bastante largo, donde supe de todas las vicisitudes y suplicios por la que hubo de atravesar a causa de la publicación de su novela y los trasiegos de su vida desordenada. Yo, atravesaba por situaciones no menos engorrosas a las suyas, donde procuraba estar a salvo del peso de la iracundia y arrogancia emanada de la oficialidad. Me habían acabado de dar mención en el género de teatro: de aquel polémico concurso UNEAC de 1968, con mi obra en dos actos, *Los delegados llegan al amanecer*. Y al igual que el *Fuera del Juego*, de Heberto Padilla, y *Los siete contra Tebas*, de Antón Arrufat, mi obra sería catalogada contrarrevolucionaria, y por ende, vituperada y proscrita; y mi situación se hizo insostenible, esperando siempre lo peor.

Pasado el vendaval, sentenciados todos nosotros tras aquel discurso ríspido de Fidel Castro a los intelectuales, del cual no quiero acordarme, nos reencontramos nuevamente Reinaldo Arenas y yo, casi de manera casual, cerca de 1974 o 75. Él se había acabado de instalar en un apartamento de una sola pieza, en el tercer piso de un edificio de la calle Monserrate. Justo donde estuvo el antiguo Hotel Monserrate y cuya numeración no recuerdo. Con sus propios recursos, y sin saber yo cómo, había podido fabricar, desde su piso y contra la pared del edificio contiguo (una obra de malabarismo sobre un abismo, que nunca se me ocurrió pisar) una especie de balcón o azotea (sin barandas), en el cual tomaba baños de sol, hacia ejercicios y utilizaba como su zona de preferencia para sus lecturas. Allí, en el mismo edificio, también vivía en el cuarto piso, un amigo mío, con el cual yo mantenía una amistad muy especial, hacía un par de años.

Se llamaba Lázaro Gómez Carriles, quien era, y

es, muy amante de la pintura y las artes en general. Lázaro (Lachi) como yo le llamaba y aún le llamo hoy, era por entonces un joven que aún frecuentaba la adolescencia. Esbelto, de finos modales; obsequioso (aunque algo díscolo e histérico por tiempos), destacaba por su soberbia hermosura, como esos faunos del ideal helénico. De modo que, subíamos las escaleras rumbo a su casa, cuando chocamos de paso con Reinaldo, quien bajaba a su vez. Nos sorprendimos mutuamente ante el alborozo por el reencuentro. No obstante, supe de inmediato, que él quedaría hechizado por la apabullante fisonomía de mi joven acompañante. Ni Lachi ni yo sabíamos que él estaba residiendo allí. Le presenté, pues a Lázaro, y de

Reinaldo Arenas. Foto Copyright © Lydia Rubio



súbito, toda intención de intereses cambió de repente. Él, Reinaldo, se disuade de seguir a lo que iba, invitándonos a subir hasta su habitación. Nosotros accedimos, desistiendo de continuar al cuarto piso como pretendíamos. Sobre todo, Lachi, quién sin lugar a dudas, quedaría también maniatado ante la prestancia de ese desconocido vecino suyo, de aquel intelectual joven, de voz mesurada y acariciadora lucidez, que casi nadie de quienes le conocimos en lo íntimo pudimos evitar ser candorosamente seducidos ante la excepcionalidad de su carisma.

Tuve ocasión de reencontrarme con él en el exilio de Miami, en una de las conferencias del Latin American Studies Association (LASA), celebrada en Miami a finales de los 80. Y a la noche siguiente, nos vimos por última vez en un café de Miami Beach, donde también coincidimos con René Ariza. Aún guardo de René una flor que con un bolígrafo me dibujó y rubricó con su firma en una servilleta

aquella noche. Sabía Reinaldo de mi presidio político por 6 años. Condena que hube de padecer por intentar exiliarme en la embajada de Venezuela en 1979 y que el embajador de la entidad, bajo el gobierno de Luis Herrera Campins, un tal Ramón Delgado, en complicidad con el régimen de La Habana, nos entregara a mí y a Silvio Cervera (un amigo de mi barriada de La Lisa y aliado en esa aventura), cuando ingenuamente estábamos a la espera de un salvoconducto.

Como todos sabemos, Lázaro Gómez Carriles sería desde ese momento de conocer a Reinaldo Arenas su compañero inseparable, hasta el instante del lamentable fallecimiento de éste. Y es quien, creo aún hoy, guarda sus cenizas en una urna en su casa de New York. Entre sí, marcarían un antes y un después en la vida que se les destinaba, cuando salieron al exilio por el puerto del Mariel. Pero muy pocos conocen, hasta estas notas que describo, el gran orgullo que siento y satisfacción en lo personal, de haber sido yo quien les puso delante, uno al otro por primera vez.

En su libro *Antes que anochezca*, Reinaldo Arenas

relata su encuentro con Lázaro Gómez, no sujeto a la realidad de esa amistad. La verdad histórica es esta que describo aquí, y Lázaro aún vive en perfecta sanidad y lucidez para poder atestiguarlo, como también Mayra quien fuera su mujer, y varios otros amigos que Reinaldo describe allí, aunque algunos ya han fallecido.

Cuando él se refería a mi persona, solía llamarme Julián Portales. Multiplicaba mi apellido "Portal", al parecer porque le resultaba más cómodo, aunque le corrigiera una y otra vez. Así me señala en su libro de marras, aunque confunde las embajadas de mi causa: Venezuela, por la equívoca de Argentina; además de quienes nos entregó, que no fue otro sino el propio embajador de la entidad.

Confieso, que he escrito estas notas con la tensa nostalgia que ocasiona el dolor de las impías remembranzas.

**Julián Portal**, escritor y dramaturgo cubano, autor de *Los delegados llegan al amanecer*, que recibió mención en el año 1968 el Premio Nacional de Teatro de la UNEAC. Vive en Mérida, Yucatán (México).

*Fundado en marzo de 1982*

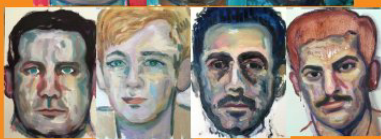
# Subscríbese

*Linden Lane Magazine*

Vol. 34 No. 3

AUTUMN / OTOÑO, 2015

1959



JUAN ABREU

4 números al año

\$70 para individuos

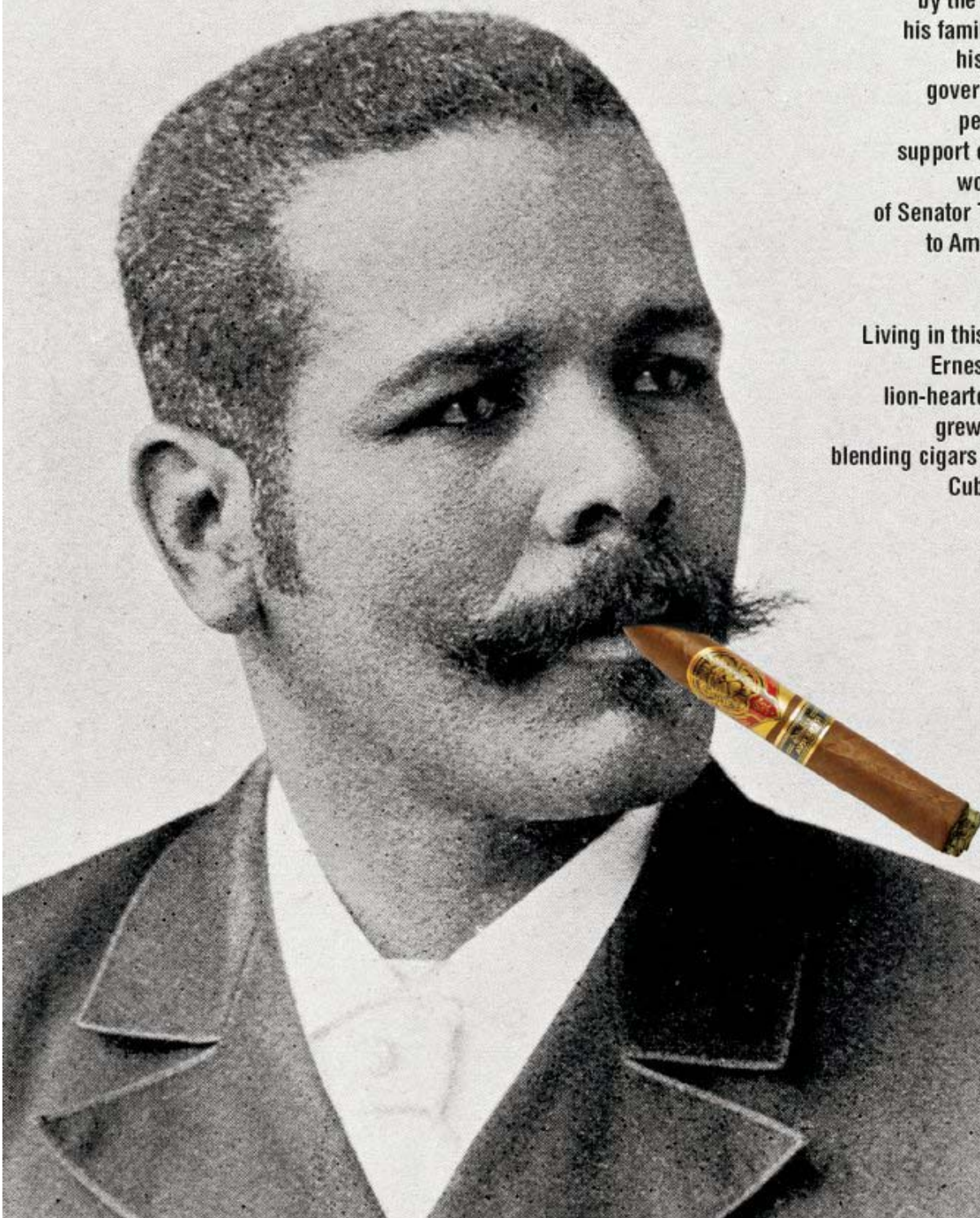
\$90 para instituciones / universidades

P.O. BOX 101582 FORT WORTH TX 76185-1582

# *Linden Lane Magazine*

[lindenlanemag@aol.com](mailto:lindenlanemag@aol.com)

# I smoke *Padilla*<sup>®</sup> Hear me roar!



Rising from the rank of private, Lt. Gen. Antonio Maceo was referred to by his machete-wielding men as the "Greater Lion." The most courageous (and wounded) guerilla leader in the Ten Years' War of Independence, he was, sadly, killed in action days before a glorious victory for the Cuban people.

Over 70 years later our father, writer and poet Heberto Padilla, was imprisoned by the Fidel Castro government, and his family kept under house arrest for his political protests against the government's severe restrictions of personal freedoms. But with the support of intellectuals throughout the world, and with the sponsorship of Senator Ted Kennedy, our family came to America in 1979, followed by our embattled father a year later.

Living in this land of political freedom, we, Ernesto and Carlos, the sons of the lion-hearted Heberto, whose forefathers grew tobacco in Cuba, are proudly blending cigars that continue the magnificent Cuban traditions of cigar-making.



*One puff of a Padilla,  
and you'll roar too.*